

Ezequiel Martínez Estrada:
La Mansa Idea Revolucionaria de Thoreau.
Virgilio Piñera:
Prisiones y Diamantes.
Miguel Ángel Asturias:
El Obispo Quijote.
Luis Emilio Valenciano:
Panorama Político Colombiano.
Carlos Fuentes:
Los Cuates.
Testimonio del 1ro. de Mayo.
Crítica de Libros.

Este material es solo para uso promocional y se prohíbe su reproducción total o parcial.

CASA DE LAS AMÉRICAS

Directora
Haydée Santamaría

Subdirector
Alberto Robaina

Responsables de la revista:
Fausto Masó y Antón Arrufat

Redacción
G y 3ra., Vedado
Habana

Venta y Suscripción

Ejemplar \$0.25
Suscripción anual \$1.50



Todos los materiales son inéditos. No se devuelven las colaboraciones no solicitadas ni se sostiene correspondencia sobre ellas.

<i>Ezequiel Martínez Estrada</i>	4	La mansa idea revolucionaria de Thoreau
<i>Virgilio Piñera</i>	6	Presiones y Diamantes
<i>Luis Emiro Valencia</i>	11	Panorama político colombiano
<i>Miguel Angel Asturias</i>	15	El Obispo Quijote
<i>Carl Solomon</i>	17	Reportaje desde el sanatorio
<i>Carlos Fuentes</i>	21	Los Cuates —
<i>Pablo Armando Fernández</i>	24	Soledad, cruel estación
<i>Antón Arruñat</i>	25	El forastero. Réquiem
<i>César López</i>	26	Encuentro con la juventud española actual
<i>Fausto Masó</i>	29	Como yo lo vi
NOTAS Y REPORTAJES		
<i>Un testimonio del Primero de Mayo</i>	32	Virgilio Piñera
<i>Tres notas sudamericanas</i>	33	Ricardo Napuri
<i>Los falsos revolucionarios</i>	36	
LIBROS		
<i>René Marqués: "La Víspera del hombre"</i>	37	Calvert Casey
<i>Ulyses Petit de Murat: "El miserable amor"</i>	38	Esther Díaz Llanillo
<i>Raúl González de Cáscorro: "Teatro"</i>	38	Niso Malaret
<i>Shohei Ooka: "Hogueras en la Llanura"</i>	39	Esther Díaz Llanillo

Como haremos

Esta revista cree, tal vez ingenuamente, en la existencia de una concepción de la vida hispanoamericana. Esta revista es una esperanza, incierta y riesgosa de la posibilidad de cambiar la realidad. Porque, si existe América no es la que encontramos cada día, deshecha y superficial, sino la que en política ha demostrado que la utopía puede hacerse real, y que por tanto la Revolución no es una falacia. Es una razón ante la cual podemos aceptar morir sin dramatismos pero conscientemente. Y la literatura es también esa aventura de transformar la realidad americana. Si nos detenemos un momento a pensar lo que es América para nosotros mismos quedaremos defraudados. Es una imagen deplorable de desasosiego y desorientación. El hombre americano está, en esa imagen culpable, como perdido en un Continente que es su enemigo y que no alcanza a domoñar, que no alcanza a hacer suyo. América es un continente sin rostro para muchos americanos, y por supuesto, para el resto del Mundo. Nuestro propósito es demostrar que la más bella y noble utopía: el sentido de nuestra vida, es una certidumbre, una realidad, una existencia. Como escritores es esa nuestra misión. Cada cual en su interior sabrá resolver el problema. Nos arriesgamos a afirmar que debemos esperar todo de lo desconocido.

El pueblo es esa gran fuerza desconocida; el pueblo que ignora la paciencia falsa, la resignación interesada, es finalmente el creador del clima donde el hombre se realiza. Y este pueblo americano traicionado, mixtificado alcanzará su destino que no puede ser otro que diferente y único. Para lograrlo olvidará las viejas consignas, sabrá crearse otras, destruirá las imágenes y los falsos templos. Todo depende del futuro, de la energía y la violencia con que comprendamos y neguemos el pasado; construyendo sagazmente nuestra casa en el presente.

La Mansa Idea Revolucionaria de Thoreau

Hombre de conciencia tan limpia y de mente tan lúcida como Henry David Thoreau no podría vivir hoy fuera de la cárcel. Lo dijo: "el lugar mejor para un hombre, en estos tiempos de subversión de las instituciones, es la cárcel". También padeció él en su tiempo, si no de mayor libertad sí de mayor honestidad en el ejercicio de las funciones públicas, enojosos contratiempos que, incluso, lo llevaron a las mazmorras policíacas. Defendió la justicia, a verdad y a honradex, sin fijarse que atentaba contra los jueces, los preceptores y las ligas de virtuosos confederados. Defendió al capitán John Brown, que murió ahorcado por defender a su vez a los negros; defendió la libertad y santidad de la vida silvestre contra la barbarie de la vida ciudadanizada, y a los que resistieron, como él, pagar el tributo para la guerra contra México. Defendió lo que es muy difícil defender sino bajo capitulaciones que hacen inocuo el propósito redentor.

Hubo hombres —y mujeres— tan valerosos como él, tan conscientes del deber humano de tomar partido por el ser indefenso contra toda forma de opresión y envilecimiento; unos pagaron con su vida la temeridad, pero otros no. Estos eluden constantemente la penalidad de los códigos que los clasifican como agitadores y sediciosos. Precisamente el grado en que obtienen su indemnidad es el grado de ineficacia con que sus sentimientos e ideas han pasado de la categoría de peligrosas a la de contribuyentes a mantener el orden que atacan. Somos los que andamos libres por las calles.

Thoreau iba al fondo de las causas que motivan y mantienen ese orden, y no se demoraba en los aspectos circunstanciales ni en las personas, que son los cuerpos en que encarnan esos demonios, según el relato evangélico de los cerdos. Sabía bien que los males se ocultan astutamente tras la pantalla de los bienes, que el entregador es uno de los discípulos, y que a veces, si no siempre, hay que perseguirlos hasta en los altares y estrados en que por lo común se refugian e invulnerabilizan. Naturalmente, si es que se trata de liberar a los cautivos y no de deliberar sobre el mejor modo de hacerlo.

Ocurre hoy que la mayoría, por no decir todos los que atacan los males sociales, se detienen a cierta altura de la marcha, frecuentemente temerosos de que, conforme a las reglas de juego que han sido impuestas por los mismos enemigos del bien público, su acción sea juzgada nihilista y temperamental. Al modelo devaluado de Blanqui oponen el triunfante de Bernstein. Procuran, conforme a la legalidad exigida por ese juego, que se sigan los dictámenes del raciocinio y que se procure convencer a los carceleros en vez de hacer volar con dinamita las prisiones, donde por cada delincuente se dice que tres inocentes purgan delitos imputables a la sociedad en que han nacido y a los

preceptores que la han ordenado. Se ha desechado, hasta por los que suponen de buena fe que siguen los pasos de los revolucionarios y libertarios del siglo XIX, la acción violenta y la reivindicación por los medios únicos que se han dejado al alcance de los desvalidos. Pues éstos no pueden contar con los ejércitos ni con los banqueros. A eso se llama razonar científicamente, por oposición a los utópicos socialistas, y buscar soluciones pacíficas. Ni los marxistas, ni siquiera las anarquistas, apelan hoy a recursos de fuerza aun cuando se los estrangula con la fuerza y no con la ley. Miran con indiferencia las fotografías en que los argelinos, los sudafricanos y los coreanos son ametrallados como perros en las calles. Buscar otros caminos que los de la legalidad les parece una desesperación anticientífica. Evolución y no revolución es la consigna. Ya nadie stampa al pie de las cartas las iniciales R. S., ni siquiera los tres puntos del triángulo masónico. Así se ha sofocado, dulcemente, el espíritu de rebeldía, que es el espíritu de justicia. Evolución y no revolución se predica por igual a los blancos y a los negros, y entregar la causa reivindicatoria a los apoderados de sus enemigos o a los defensores de pobres y ausentes, para que la lleven al tribunal que ha de fallar conforme a derecho y prudencia. Que fallen los que no tienen apuro. Todo lo cual sería venerable si no se tratara de altares tras los cuales se parapetan los enemigos de las pobres gentes indefensas, es decir sin defensores, para hacer fuego contra ellas impunemente. Y con el beneplácito de muchos toxicómanos de la prensa asalariada.

Thoreau no era un nihilista ni un preconizador de la violencia. Era un apacible filósofo de los bosques, y no como Blanqui un pensionista vitalicio de las cárceles. Pero descubrió el talón de Aquiles de la sociedad armada hasta los dientes y podrida hasta el tuétano. Conocía cuáles eran los recursos desesperados y contraproducentes. Concibió que el único camino para obtener que el opresor y el inquisidor perdieran el dominio de sus artefactos era el de no combatir con sus mismas armas, las de la guerra. De creer que existiera otro lo habría proclamado y, llegado el momento, puesto en práctica. Estoy seguro de lo que afirmo, porque hay en su vida tanto como en sus obras, pruebas de que para él el deber de ser honrado con sus semejantes era superior al de ser indulgente con los verdugos y condescendiente con los obsecados en el mal. Empero, preso por no pagar el impuesto que se le exigía para robarle tierra a México y matarle su gente, concibió la idea de que contra el poder militar los civiles no tenemos sino la fuerza moral: que contra el fusil sólo es eficiente la voluntad que dice "no quiero". Poco después escribió Gandhi, también dos utopistas. Decir que no, resistir y dar la vida si es preciso, es la única fuerza que hoy tienen los pueblos inermes para defenderse y liberarse de sus carceleros atraillados. Otros espíritus nobles que han meditado sobre las posibilidades de éxito en esa lucha contra los últimos demonios vivientes, completan la fórmula de Thoreau con esta otra: "Sabotaje, boycott y resistencia pasiva".

Presiones y Diamantes

Nunca podrá saberse cómo empezó la gran conspiración contra la Tierra. Se sabe, sí, que esta conspiración fue urdida por sus propios habitantes. También se sabe que no tomó parte habitante alguno de cualquier otro planeta. Dígase lo que se diga nunca hemos visto a lunáticos o marcianos poner la planta en el nuestro. La dramática imaginación humana anhela tales visitantes; sin embargo, los hechos desmienten toda imaginación o ficción.

Si hablo de una conspiración contra la Tierra, entendiéndose bien que los agentes de la misma fueron los propios hombres. Ahora bien, la confusión se produce por el hecho mismo de no saber cómo empezó exactamente ese gran movimiento. ¿Fue el resultado de una cabeza genial? ¿Fue, por el contrario, una venganza colectiva contra las miserias que nuestro planeta nos depara? La confusión, si cabe, se hizo más confusa a causa de las polémicas que, con posterioridad a los hechos, mantuvieron sabios inquietos. Unos decían que la maquinación se debió al célebre profesor P., y que a dicho profesor debía cargarse toda la responsabilidad del despoblamiento de la Tierra (por otra parte, ¿adónde estará, Dios mío, el profesor a estas alturas?); otros sostenían que fuerzas extraterrestres empujaron a los mortales al alejamiento de su propio planeta; en fin, otros menos ambiciosos declararon que la causa de todo habría que buscarla en la propia conducta del hombre. En mi opinión todos estos debates eran ociosos. Ninguno de ellos revelaba el origen de la conspiración, ninguno puso coto al despoblamiento de la Tierra. De todos modos, no creo que unas cuantas personas se asociaran con el deliberado propósito de conspirar. Según veo las cosas, la conspiración se produjo por sí misma y como resultado lógico de grandes presiones sufridas por el hombre.

Pero ordenemos los hechos irrefutables de La Última (así dió en llamarla el pueblo con sobrado humor). Podrá argumentarse sobre si la conspiración fue obra del azar o si por el contrario se pensó en una hora precisa para desencadenarla, y según convenga se rechazará ésta o aquella tesis. Ahora bien, los he-

chos no podrán ser refutados, ellos hablan por si solos. Hélos aquí:

En una tarde de calor sofocante, Alberto —mi asociado en la compraventa de alhajas— me había llamado por teléfono. A las cinco nos encontraríamos en una esquina céntrica. De allí iríamos al hotel Astor. Gran oportunidad de vender una esmeralda. Sin embargo, ¡qué calor, qué atmósfera cargada presagiando tormenta! Casi estuve por negarme, pero si no vendíamos la esmeralda me echarían a la calle con muebles y todo. La gente piensa que el negocio de compraventa de alhajas es cosa bien productiva. No hay tal: para pequeños traficantes (es ése nuestro status) se hace bien difícil vender o comprar una alhaja cuya comisión represente una linda suma. Se gana para mal comer, y a veces no se come. Pero mientras, ¡echarse a la calle con un calor de cuarenta grados!

Mientras decía que no, me puse a caminar. De mis narices salía una columna de aire caliente; pensé que si chocaba con alguien se produciría la combustión. Por fin llegué a la esquina convenida. Justo en ese momento un caballero de aspecto distinguido se paró en la acera y miró a uno y otro lado. Parecía tener gran prisa, murmuraba entre dientes y de vez en cuando extendía sus manos en el vacío como tratando de apartar algo que estuviera pegado a su cuerpo. Sin duda este caballero sufría de los nervios. Todo eso me consoló sobremanera. No sé por qué se me antojó que alguien le hacía la vida insostenible. Me sentí mejor, el calor me fue más llevadero. Volví a observarlo. Ahora sus manos se afincaban convulsivamente en el vacío como si temiera el ataque de seres invisibles y como si esos seres salieran a su encuentro con el deliberado propósito de comprimirlo. Siempre me ha apasionado cualquier tipo misterioso. Decidí hacerle una pregunta inocente con el objeto de entrar en materia (la materia desconocida), pero cual no sería mi sorpresa al ver que el caballero me interrogaba con voz angustiada:

—Perdone, amigo, la confianza. ¿Puedo hacerle una pregunta?

—Y dos también, señor —le dije—. Estoy a sus órdenes.

—Gracias —me contestó—. Dígame, ¿cómo lo trata la presión?

Perdí todo aplomo, tosi, carrespée. ¿Me las estaría viendo con un loco? Esa pregunta a quemarropa... Sin embargo, el calor... Volví a mirarle la cara: la tenía roja. Ahora todo se explica: *tarde de calor bochornoso. Caballero que es un enfermo crónico de la presión alta teme estallar en mil pedazos. Angustiado pone el tema sobre el tapete. No puedo mostrarme inmisericorde. Hay que ponerse en el lugar de ese distinguido caballero disneico...*

—¿Mi presión? ¡Pues a las mil maravillas! Ni alta ni baja: presión normal.

Entonces, el nervioso caballero, que sin duda estimaba que su pregunta sería contestada de acuerdo con sus secretas intenciones (ya veremos por qué), quedó totalmente desconcertado. Como su pensamiento estaba a mil leguas de la presión sanguínea, pensó que yo bromeaba. Hizo un gesto de desagrado, casi estuvo por plantarme, pero al mismo tiempo vió inocencia y estupor reflejados en mi cara. Haciendo un gran esfuerzo me dijo:

—Usted no ha entendido mi pregunta. No me refería a la presión arterial.

—Pues si no se refiere a la presión arterial —le contesté un tanto molesto— ¿de qué presión se trata?

—De la presión de los hombres entre sí —me dijo fríamente. Y sin darme tiempo para salir de mi asombro, añadió:

—Sabe usted, cada día que pasa la presión se hace más escandalosa. Un número impresionante de seres humanos me presiona día a día; por mi parte, yo presiono a otro número impresionante de seres humanos. Nadie escapa a la presión. ¿Qué tiene usted que decir de esta presión escandalosa? ¿Está conforme con ella, o por el contrario, piensa rebelarse?

Me agarró del brazo, me echó su aliento en plena cara, casi pegó su boca en mi oreja.

—Dígame —y me zarandé violentamente— ¿se siente o no se siente presionado?

—Usted me presiona —contesté sofocado— Usted es un presionador profesional.

—¡Ya lo ve! ¡Ya saltó la libre! Me da la razón. Sí, yo lo presiono a usted, usted sufre también de la presión.

Se quedó silencioso un instante. Después añadió:

—Aunque no soy yo su único presionador. Decenas, y hasta centenas de presionadores tendrá en su vida.

—Pero jamás uno como usted —le dije con bastante grosería—. Tan apasionado y tan... como decir, tan presionófilo...

—¡Qué se le ocurre! Si odio la presión, si soy un típico caso de presionofobia. Pongo al cielo por testigo de que yo quiero despresionarme (y miró al cielo como implorando ayuda. ¡Qué lejos estaba de saber que el "cielo" lo ayudaría, y en qué medida!) Daría todo lo que tengo por sacarme de arriba esta maldita presión que me aplasta.

Traté de ser amablemente filosófico. Le dije:

—Al fin y al cabo la presión es la vida misma...

Y haciendo un saludo ceremonioso, me alejé. Siempre he sido un apasionado por los problemas humanos, pero, francamente, hablar sobre la presión del hombre por el hombre a esa hora de la tarde, con calor, con ruidos, y, sobre todo, con un señor tan excitado... La presión humana... ¡Pero si eso es uno de los caballos de batalla de todos los tiempos! Porque si vamos a poner en moda el tema de la presión yo puedo presentar mis credenciales. Paso el día presionando para ganar unos centavos y si presiono es porque, a mi vez, soy presionado: el niño quiere zapatos, la mujer vestidos, el casero, el alquiler, y así sucesivamente. Por otra parte, argumentar sobre la presión humana me parece tan supérfluo como esas conferencias que algunos tontos ofrecen sobre cómo evitar la guerra. Hasta ahora las guerras siguen su marcha triunfal. Dejadas, pues, medrar! ¡La presión! Si habré pensado en la presión. Pasé diez años presionando a la gente para reunir unos miles y dar con mis huesos en una isla desierta... pero aparte de que no hay ya islas desiertas, la presión de las gentes sobre mí para que fracasara en mi empeño me demostró que la presión es una callejón sin salida. Y ahora, este caballero, con todo lo distinguido que pueda ser, me viene a hablar, bajo un calor de cuarenta viene a hablar, bajo un calor de cuarenta grados de la presión y sus efectos. ¡Ah, granuja! Me hablas de sus efectos pero no pones el remedio en mis manos. A mí, que ahora mismo me dirijo al hotel Astor a sostener una entrevista presionadora con la vieja Miss Dawbel, que a su vez, presiona de lo lindo para sacar por diez lo que vale veinte mil. Y no quiero ser injusto con el caballero distinguido: cierto que a veces la presión presiona tanto que acabamos por perder el resuello. Más, ¿qué puedo hacer contra la presión? Opino que las palabras compasivas están de más si una acción

eficaz no acaba por desbancarlas. Por otra parte la historia de la presión ha sido contada por todos y cada uno de los hombres de acuerdo con sus recursos expresivos. Unos la han relatado en la mesa del café, otros en el seno del hogar, los escritores en páginas sublimes. Pero ninguno de estos hombres alcanzó, sino me equivoqué, a despresionarse. Es por eso que el ex abrupto del caballero distinguido tuvo la virtud de sacarme de mis casillas. Cuán distinta habría sido mi reacción y cuantos saltos no hubiera pegado yo en plena calle si en vez de venirme con quejas, él hubiera puesto en mis manos un remedio contra la presión...

Dos horas más tarde Miss Dawbel había comprado la alhaja. Era cerca de las ocho. Salí deshecho de la entrevista. Alberto me dijo que debíamos celebrar la venta cenando en un buen restaurant. Se quedó boquiabierto cuando le dije:

—¿Cómo hacer para nunca más tratar con Miss Dawbel?

—Pues buscar otro cliente —me contestó—. Aunque si Miss Dawbel insiste en comprar no veo por qué negarnos. Cierto que nunca ganamos con ella lo que nos proponemos, pero de todos modos es un buen cliente.

Más boquiabierto se quedó cuando añadí:

—¿Y cómo hacer, Alberto, para tampoco tratar contigo?

Y sin darle tiempo a manifestar su ofensa, exclamé:

—¿Y cómo hacer para no enfrentarse con nadie?

De vuelta a casa crecí mi desasosiego. Si yo sabía a qué atenerme con las presiones; si recurrir a recursos retóricos me resultaba pueril; ¿por qué entonces desconcertar a Alberto con preguntas, que en el fondo, aludían a la angustia de presionar y ser presionado? Pero no, estaba seguro de no haberlas formulado por dicho motivo; tampoco podía fundarse mi angustia en la impotencia en que nos encontramos los seres humanos de actuar contra las presiones. Entonces, tras ellas, ¿qué nuevo fantasma se ocultaba? ¿Acaso al caballero distinguido ocurría igual cosa que a mí? Es muy posible que él no supiera expresarse debidamente. Lamenté mi brusquedad, y en mi interior le desee que se encontrara con alguien más accesible. Quizás si ese encuentro redundaría a la postre en beneficio mío. Por supuesto, no esperaba volver a encontrarlo (no es cosa fácil en una ciudad de millones de habitantes), pero un estado de opinión es algo de dominio público. Entonces tendría la respuesta. Más tarde, en los tiempos

heroicos y tumultuosos que advinieron he quedado pasmado una y otra vez ante el monstruo que hubimos de engendrar (sigo manteniendo que todo eso es una monstruosidad) y he llegado al convencimiento que el hombre consigue hacer de sí mismo lo que le viene en gana. Así como un pintor parte de una simple línea para llegar a la totalidad de la figura humana, así también el hombre con una simple idea, alocada idea —absurda, pueril y a la vez profunda— puede instaurar la iniquidad. Si el despoblamiento de la tierra es un hecho consumado, es a los propios mortales a quienes deberá pedirse cuentas. Pero, ¿quién las pedirá? ¿Los árboles, los animales, las nubes? En breve será éste un planeta sin seres humanos. Muchos, tomando el rábano por las hojas, achacaron a las altas presiones la situación de acoso en que se vieron envueltos los hombres. Olvidaron plantearse esta sencilla cuestión: no son los hombres hijos de las presiones, si no ellas hijas de los hombres. A toda máquina las engendraron, a toda máquina se desembarazaron de ellas. Si el precio ha sido alto, si la Tierra ha quedado despoblada, pedid cuentas a sus factores. ¿Y en qué punto del espacio encontrarlos para pedírselas?

A pesar del estado nervioso provocado por los nervios del caballero distinguido, dormí esa noche como un bendito. Hay problemas que superan nuestras posibilidades de adivinación. Ningún hombre con la cabeza sobre los hombros perderá más de dos minutos machacando en hierro frío. Presionar, ser presionado...

Me levanté dispuesto a pasar el día, y según la ocasión, presionando y dejándome presionar. A dos cuadras de casa estaba mi centro de operación comercial, el cuartel general del trust joyero "Diamond" de los hermanos Rosenfeld. Este trust ocupaba tres pisos en un rascacielos de ochenta, daba pared con pared con el rascacielos de cien y tenía al frente el rascacielos de setenta, el que a su vez estaba flanqueado por el rascacielos de cincuenta. ¿Y qué hay con esto? No quiero "asombrar" al lector (que también vive en rascacielos y entre rascacielos). Lejos de mi ánimo hacer perder el tiempo a quien vive presionado por los rascacielos con descripciones naturalistas de rascacielos. Pero viéndolos en ese momento yo, que he pasado mi vida mirándolos y tragándolos, los miré, y al momento la insidiosa presión se me echó encima. Se echó de esta forma: comenzó a poner un piso sobre otro piso: comenzó desde el piso ochenta hacia abajo, y a medida que los tenía bajo mis espaldas como un nuevo Atlas me sentí con ochenta pisos sobre las castillas.

Bueno —pensé— la presión da tales frutos... No es ésta la obra de un dios si no nuestra obra. He aquí al más desbocado de los caballos que arrastran nuestro carro. En este edificio trabajan más de treinta mil per-

sonas. ¿Serviría de algo preguntarles qué piensan de la presión? A gente tan presionada por la vida, es precisamente la presión lo que menos les preocupa. A mí mismo, al que ustedes ven en estos momentos dirigirse al trabajo con negras ideas, le ocurrirá lo que a ellos: tan pronto uno de los señores Rosenfeld me llame a su despacho, sólo tendré pensamientos para ellos y sus malditas alhajas. Sin embargo, como el señor Rosenfeld demora en llamarme sigo jugando con la presión. Nuestra casa tiene una nómina de quinientos ochenta empleados. Como toda nómina, es rigurosamente jerárquica: arriba, los señores Rosenfeld; abajo, el portero. Pero como la presión no es problema social sucede que los señores Rosenfeld están a nivel con el portero. Precisamente, lo único que está bien distribuido en la tierra es la presión. Los señores Rosenfeld presionan a sus quinientos ochenta empleados. A su vez, estos quinientos ochenta empleados presionan a los señores Rosenfeld. Si ponemos el oído atento, podremos escuchar cómo crujen los huesos de todos nosotros. La presión se ejerce de arriba a bajo y de abajo a arriba. He aquí la única igualdad humana. Basta por el momento: se acaba de encender una luz roja. Alfredo Rosenfeld me llama.

En el despacho me encuentro con el triunvirato: Alfredo, Gastón y Sergio Rosenfeld. Sus caras arreboladas me dicen que los tres están al borde de una congestión cerebral. Por otras puertas entran más vendedores. Alberto, que se ha hecho cargo de la situación me guía un ojo. No sé si a los compañeros vendedores pasará lo que a mí cuando veo la consternación pintada en las caras de los hermanos Rosenfeld: me siento vivir plenamente. No hace todavía cinco minutos languidecía yo con negras ideas. Me bastó ver las caras congestionadas de esos hermanos para disparlas. Cuando los hermanos ponen sus caras al rojo es preciso echar a un lado las exquisiteces intelectuales. Entonces volvemos del fondo del abismo. ¡Loados sean los hermanos Rosenfeld! Verdad que también ellos tuvieron que aceptar los hechos, verdad que también abandonaron la Tierra, pero dicho sea en su honor: lucharon hasta el final contra la neurosis colectiva.

Alfredo fue mirando uno por uno a los veinticinco "corredores". Acto seguido estalló en reproches. No podía meter en su cabeza —dijo— que el celeberrimo brillante Delphi hubiera ido a parar a manos de los Lowenthal. Siguió diciendo que por la indiferencia de veinticinco corredores holgazanes los hermanos Lowenthal estaban exhibiendo en sus vitrinas el fabuloso diamante, y concluyó advirtiendo que no cejaría en la empresa de arrebatárselos el Delphi.

Alfredo se levantó. Pensamos que daba por terminada la conferencia. En efecto, nos hizo saber que

se iba a encerrar en su despacho para combinar un plan de acción, y añadió que como nuestra moral andaba por los suelos su hermano Gastón la levantaría con unas sanas palabras.

Gastón empezó diciendo que los hombres del mundo de nuestro días (éste fue el lenguaje que empleó) habían perdido por completo el sentimiento de responsabilidad. Que entre nosotros esa irresponsabilidad se había encarnado en la vergonzosa pérdida del Delphi. Que, conjuntamente, el espíritu de conquista —piedra fundamental de toda acción humana— no contaba más para los hombres. Que él comprobaba alarmado un hecho bien turbador: nunca, como en la época que nos había tocado vivir, la presión había sido más fuerte, salvaje y sanguinaria, pero que al mismo tiempo esa presión no era ejercida en base a la noble emulación.

Siempre que el filósofo de los joyeros Rosenfeld nos hace uno de sus *speech*, tengo por norma arrellanarme en mi asiento, cerrar los ojos y dejar que tal filosofía barata llegue a su fin. Sin embargo, la clara, precisa referencia a la presión abrió mis ojos y también mis orejas.

Si —prosiguió Gastón— ocurre algo muy sorprendente: la gente presiona con furia salvaje, mas al propio tiempo parece estar cansada de las presiones. Yo diría que hemos perdido la fe y por ello nuestros actos resultan tan vacíos. Dejádme ilustrar con un ejemplo deportivo. Imaginemos un team de "rugby" que ha perdido la fe en el "rugby": sus componentes jugarán con ímpetu arrollador, más no por ello ese "rugby" será el "rugby" de las grandes épocas del "rugby".

¿Adónde quiero ir a parar? —y nos miró con reproche. Pues al Delphi. Lo hemos perdido por nuestra falta de fe en las presiones. ¿Podría decirse en puridad que Lowenthal y Rosenfeld presionaron entre sí por la posesión del Delphi? ¿En modo alguno. Todo ha sido un simulacro de presión. Penoso es confesarlo: tanto Lowenthal como Rosenfeld han perdido la fe en sus joyas.

Yo estaba pasmado. A pesar del lenguaje pintoresco y de cierta confusión mental, lo acabado de exponer por Gastón Rosenfeld tenía enorme interés. Además, sus palabras, aunque con otras palabras, eran las mismas palabras del caballero distinguido. Y fue de este modo fortuito que se originó la conspiración. Una cosa se fue enlazando con la otra, un hecho aislado se relacionó con otro hecho no menos aislado. Alguien que hablaba de la presión se habría sorprendido si se le hubiera dicho que sólo una pared lo separaba de otro hombre que también peroraba sobre la presión. De otra parte, ¿es habitual entre los psicólogos especializados en el comercio referirse con lenguaje tan filosófico a

la presión? ¿Qué movía a Gastón Rosenfeld a debilitar en vez de fortalecer, la moral vendedora de sus correedores? ¿No acababa Alfredo de anunciar como "sanas palabras" las que Gastón nos acababa de endilgar? ¿Y por qué no fueron si no malsanas? Cierito que Gastón se perdía por las grandes frases. Siempre las estaba haciendo a propósito de todo. El era desmesurado como sus joyas, y, como ellas, trataba de "brillar" a toda costa, pero en esta ocasión tenemos que reconocer que Gas-"rugby" y su complicación conceptual, había dado salitón, no obstante su lenguaje pomposo, sus reiterados da, sin proponérselo, a un malestar que le roía el corazón.

En cierto sentido sus palabras me convencían. Lowenthal y Rosenfeld habían peleado por el Delphi sin mayor entusiasmo y como si estuvieran a punto de descubrir el secreto de cómo no pelear más por el Delphi. El Delphi, al igual de otros millones de cosas era una parte de la presión. La gente la había cogido con la presión. En medio de las tremendas presiones sufridas minuto a minuto el caso de Delphi era un síntoma de tal hostilidad. Nadie sabe cómo, pero de pronto engendramos un gusano roedor. Este nos llevó a la idea fija, la idea fija a la neurosis colectiva, la neurosis colectiva a la conspiración, y la conspiración al despoblamiento de la Tierra.

Una vez que salí de la oficina, tan pronto estuve lejos de esos rascacielos, no bien me vi en el tren que me llevaba a las afueras, di salida a mi irritación contra tales juegos mentales. Aunque nos rompamos la cabeza en mil pedazos las presiones seguirán su marcha triunfal. ¿Así que amén de sufrirlas tendríamos también que filosofar sobre ellas? No por el cielo. El secreto está en dejarnos gastar por la vida hasta convertirnos en un montón de cenizas.

El sol del mediodía, el aire puro aclararon mis pensamientos. Entonces me dije: verdad que las presiones son odiosas, verdad que nos hacen imposible la vida, verdad que estamos hartos de ellas, pero ¿hay alguien que pueda borrarlas de un plumazo? Y si no podemos borrarlas, ¿por qué tocar el tema? Dicho y hecho: al primero que me viniera con el cuento de las presiones, me limitaría a preguntarle: ¿Puede usted

borrarlas de un plumazo? ¿No? Pues entonces, ¡váyase al diablo!

Me fui a las carreras de caballos. Gran gentío. Corría Anatema. Las gradas estaban colmadas y una muchedumbre se agolpaba en las boleterías luchando a brazo partido por obtener una entrada. Como estaba apretujado por cientos de personas, pensé que quedaría muy bien hablar de las presiones. Dije al tipo que comprimía su pecho contra mi espalda:

—Si seguimos presionando así nos vamos a quedar sin hueso sano en el cuerpo. . . A lo que él respondió:

—¡Que me los rompan todos, con tal de ver correr a Anatema.

¡Gracias a Dios! He ahí una sana respuesta. Esos miles de fanáticos sólo tenían un pensamiento: que Anatema ganara la carrera. Y ni que decir tiene por cuántas presiones fueron comprimidos para llegar a ese momento glorioso. La presión de una esposa, una madre, un hijo porque la salida fuera al cine, o simplemente quedarse en casa; la presión sufrida en el tren o en el ómnibus para llegar al hipódromo; las grandes presiones en la boletería; la presión de los demás caballos para arrebatarse el triunfo a Anatema; la presión de Anatema por llegar primero a la meta; en fin, la presión del público entre sí. Pero estas presiones eran espoleadoras, significaban un noble acicate y prestaban mil alas a la imaginación. Me sentí transportado por ellas. Anatema corría como el viento. Había dejado atrás a sus cinco rivales, y por un momento me pareció que daría vueltas eternamente a la pista. El caballo parecía encarnar el sentido de nuestras vidas. Sí, nosotros éramos ese noble bruto: corríamos y corríamos locamente presionados por fuerzas desconocidas. A cada vuelta, la presión nos alentaba, se hacía más impresionante, y aunque el final de la carrera de seguro que sería el reventamiento, no por ello íbamos a cejar en el empeño. ¿Cansados de las presiones? ¿Quejosos de ella? No, porque sólo teníamos patas y no cabeza. ¡Benditas pues, las presiones!

Virgilio Piñera

(Capítulo primero de la novela *La Conspiración*)

Panorama Político Colombiano

En esta breve y deficiente nota trataremos de presentar un apretado panorama de la política actual colombiana y sus inmediatos antecedentes. Prescindiremos por ahora, de adentrarnos en las causas económicas, sociales y culturales que caracterizan nuestro deforme y peculiar proceso histórico y su devenir político. Lo importante, de momento, es conocer las formas de desenvolvimiento de la lucha política actual y efectuar una especie de *aproximación al tema* con el fin de obtener unas coordenadas que permitan posteriores análisis de mayor profundidad.

Si tomamos la historia reciente podemos observar que con el asesinato político de nuestro gran líder social Jorge Eliécer Gaitán, el 9 de abril de 1948, se produce un tremendo vacío en las líneas de defensa popular, hasta el punto de quedar abierto el paisaje para la consolidación de la política de "sangre y fuego" preconizada y practicada por la reacción conservadora de nuestro país, nominalmente por hombres como Laureano Gómez, Mariano Ospina Pérez y Roberto Urdaneta Arbeláez. Este trío reaccionario compone el cuadro de horror que inunda a nuestro país en la "guerra civil no declarada" o en la "política de violencia" eufemismos empleados para denominar la represión sangrienta al pueblo colombiano. Este viacrucis dramático y cruento para nuestro pueblo arroja cifras de esclofriante sacrificio ya que en más de una década de violencia política el saldo de muertes supera los 200.000 y la pérdida en vidas se ve sublimada por la destrucción de viviendas humildes, el retraso en el desarrollo económico y el montaje caótico de toda nuestra estructura económico-social. Esta práctica homicida dirigida directamente por un Estado oligárquico y de casta obtiene dos respuestas básicas: *la del pueblo y la de la oligarquía liberal*.

La violencia política, el genocidio, las torturas implacables que rubrican la etapa de 1945 a 1953, encuentran en el pueblo una única respuesta: *las guerrillas defensivas*. Frente a este marco la oligarquía liberal, interesada en el mantenimiento de la economía de privilegio y el respeto al *statu quo* conservador del país presenta una salida: la política de "*fe y dignidad*", simbolizada en la expresión de Eduardo Santos y en el exilio dorado y voluntario. La oligarquía liberal no se compromete en la lucha armada del pueblo pues

aunque la puede mirar con simpatía la teme en el fondo por saber que su triunfo significaría el rebasamiento de sus propios intereses dinásticos.

El espejismo militar.

Para el 13 de junio de 1953 el pueblo, en su respuesta heroica, tiene sobre las armas más de 50.000 hombres, campesinos en su inmensa mayoría, que tratan desesperadamente de sacudir la represión sangrienta mediante una constante acción guerrillera. Los llanos orientales repiten las hazañas históricas de los guerrilleros de Bolívar y de Páez pero carecen de una conducción política y de unos claros objetivos sociales. Su horizonte ideológico y sus miras políticas se reducen al derrocamiento de la hegemonía falangista encarnada en el régimen de Laureano Gómez. El pueblo en su *batalla instintiva* que no alcanzó a elevar a la categoría de *conciencia política* produjo luchadores como Guadalupe Salcedo y otros hombres de indudable valor que pusieron a raya la represión sin alcanzar a cuajar la acción defensiva en acción ofensiva con *capacidad de decisión política*. Esta anotación es fundamental para entender esta nueva frustración de la coyuntura revolucionaria. Pero de todas maneras la presión constante de las guerrillas impide la consolidación definitiva del sistema falangista y las oligarquías, liberales y conservadoras, comienzan a tener serios temores de la insurgencia popular, ya que su influencia y el accreimiento de los intelectuales revolucionarios, pueden convertir esta *guerra civil* en una *guerra social* con la consecuente rotura del viejo sistema y el establecimiento de un nuevo orden revolucionario.

Es por esta razón básica y sustantiva que la oligarquía liberal no se compromete a fondo en la lucha popular armada. No importa que sean golpeados, aericamente, en aspectos parciales de su casta. Su reacción jamás traspasará los linderos retóricos y formales. Líderes de la oligarquía liberal como Alfonso López, Carlos Lleras Respreto, Eduardo Santos, mantienen su exilio voluntario y aprovechan la persecución aceptando las indemnizaciones a los daños causados a sus bienes personales y respetando la nómina que les corresponde en dólares en su calidad de ex-presidentes. Esta política bifronte les permite aparecer como héroes y man-

tenerse en un exilio cómodo en Londres, México y París. Esta actitud humana contrasta con la conducta asumida por los antiguos caudillos románticos del liberalismo con aspiraciones socialistas, que como el General Rafael Uribe, fueron con su pueblo, a la lucha armada y recibieron —como Gaitán— el bautismo del asesinato político por su lealtad a la causa del pueblo sin retrocesos tácticos u oportunistas. En estas alturas de la lucha, o de la insurrección del pueblo, hombres como Alberto Lleras Camargo actuaban en la alta burocracia internacional en su calidad de Secretario, siempre “con alma de secretario” —como ácidamente lo calificara Jorge Elécer Gaitán— de la Organización de Estados Americanos (O. E. A.). Nunca se conoció públicamente una acción de repudio una promoción continental, a través de esa agencia burocrática, para denunciar y sofrenar la acción genocida sobre el pueblo colombiano.

En todo caso, la maquiavélica política tradicional mantiene al pueblo partido en dos: liberales y conservadores. El estímulo a esta dinámica pasional del pueblo es alimentada por ambos bandos para impedir su *unidad social*. Es el gran resorte íntimo de dominio secular. El pueblo no tiene dos partidos sino que ha sido partido en dos para poder dominarlo política, económica y espiritualmente. Las guerrillas continúan su constante acción. La oligarquía conservadora continúa la represión y se prepara en junio de 1953 la aprobación de una nueva Constitución para Colombia de marcado corte autoritario, falangista y aristócrata. Es la solución al regreso corporativo bajo la hegemonía conservadora autoritaria. La oligarquía liberal mantiene su actitud de atonía, de indecisión y de temor ante la marea del levantamiento popular. Este es el panorama general precursora del “golpe de opinión” como denominó el ex-presidente liberal Darío Echandía al golpe militar dado por Gustavo Rojas Pinilla, el 13 de junio de 1953.

El asenso de Rojas Pinilla al poder es saludado por las oligarquías colombianas, liberales y conservadoras, con impresionantes manifestaciones de alegría. El pueblo esperanzado por el cambio de situación, ante la caída de Laureano Gómez, se adhiere a éste entusiasmo nacional. Rojas es sometido al ditirambo más abyecto por parte de la oligarquía liberal y de parte de las facciones conservadoras enfrentadas a Laureano Gómez, cuya cabeza visible es Mariano Ospina Pérez, otro de los introductores de la violencia política en Colombia en su calidad de jefe conservador y de Presidente. Bolívar, Cristo y todos los grandes de la humanidad son simples elementos decorativos ante el “nuevo libertador”, adocnado por la “gran prensa” de la oligarquía colombiana. La tinta aún se halla fresca para curar la amnesia de los nuevos amos y los viejos tiranos. La Asam-

blea Constituyente que tenía montada Laureano Gómez se vuelve contra su creador y ratifica la calidad de Presidente “legal” a Rojas. Se propone la ampliación de dicha Asamblea y participan entusiasmados los dirigentes de los dos partidos. En dicha Asamblea vemos a Lleras Camargo, Guillermo León Valencia, Mariano Ospina Pérez y hasta “el escuadrón suicida” de Laureano Gómez para dotar de más apariencia “democrática” aquel cuerpo legislativo. Pero una nueva ampliación hace que Rojas prescindiera de muchos de los nombres propuestos por las aligarquías especialmente la liberal, y por las alturas de 1954-55, comienza la caída de prestigio del “libertador”. Es un puro problema de competencia por el poder y los gajes burocráticos. No caben todos en los privilegios del Estado: militares, conservadores y liberales son demasiados para participar en el festín de Baltasar.

Desgraciadamente la nueva coyuntura para desatar una *dinámica social* hace caer en el espejismo a algunos sectores legalmente revolucionarios que son contrarrestados en su acción por varias fuerzas heterogéneas pero convergentes: la nueva conspiración oligárquica, ante el nuevo temor de que los militares inicien la rotura del viejo sistema; la desconfianza popular, que impide la radicalización del gobierno; la increíble incapacidad de Rojas que mantiene, hasta el final, un gobierno mediocre de figuras reaccionarias; la corrupción y condescendencia del régimen que permuta los grandes objetivos históricos a cambio del enriquecimiento ilícito y la indelicadeza elevada a la categoría monstruosa del éxito en los negociados más oscuros; la pobreza organizacional de las fuerzas revolucionarias que trataron de tomar la coyuntura para precipitar esa *dinámica social* con el fin de rebasar al mismo gobierno y superarlo revolucionariamente. El cuadro sociológico y las tremendas contradicciones del espejismo militar son simples y complejas, a la vez. Pero el *hecho* es su fracaso, su impotencia y su traición a la historia y al pueblo.

El gobierno de Rojas reinició la represión sangrienta y frustró naturalmente, otra nueva posibilidad de transformación. Inicialmente planteó, sin salir jamás de la etapa declamatoria, retórica y literaria, cuestiones como la reforma agraria, nacionalización bancaria, seguridad social, régimen de economía cooperativa, intervención a los monopolios, representación obrera en la producción, etc. Planteaba la lucha contra las oligarquías e intentó la creación de una fuerza política de sustentación a su gobierno por fuerza de los dos partidos tradicionales. Esta formulación correcta, ya que sin la rotura del bipartidismo y la creación de una fuerza popular con aliento revolucionario no es posible lograr la revolución social, mantenía las formas incorrectas de toda simulación y contradicción de clases, casta e in-

teresa. Ante la embestida, cada día más fuerte, de las oligarquías al gobierno, no cabía sino una disyuntiva: apoyar al pueblo o entregarse a las oligarquías. Pero el desmoronamiento interior, por corrupción e incapacidad, hizo que Rojas y su gobierno, para mantenerse en el poder, no adoptara ningún camino. Prefirió la fuga cobarde y las acciones bonapartistas, torpes y ciegas. En este mar de contradicciones inherentes a su estracción llegó el entendimiento de las oligarquías a través del falangista Laureano Gómez y el liberal oligarca Alberto Lleras con toda su arandela de "pro-hombres" de la oligarquía colombiana. En España, como medio adecuado, se conviene en Sitges y en Benidorm, el pacto para derrocar al "libertador de ayer" y tirano de hoy: Rojas Pinilla. Se forja así el "frente nacional de la oligarquía". Se pactan formas de acción política y se sientan las bases reaccionarias para un reajuste institucional regresivo. Pero el ingrediente que movilizaría más tarde al pueblo consiste en el derrocamiento de la nueva tiranía con respeto absoluto al sistema reaccionario que informa al país desde hace más de un siglo. Se propone un cambio de gobierno pero no un cambio de sistema. Se perdona todo el sistema dictatorial que venía desde hacía más de 10 años. Rojas heredó de Ospina Pérez, Laureano Gómez y Urdaneta Arbeláez, el estado de sitio, la violencia contra el pueblo, la censura de prensa, el cierre de todos los órganos institucionales de representación y administración, etc. Fue el continuador del sistema. Esa fue su monstruosa falla. Su delito histórico fue el haber llegado al poder para suturar la hemorragia del pueblo colombiano y en lugar de impulsar una transformación a fondo preferir la permanencia criminal de toda la estructura causal de degradación y miseria del pueblo colombiano y el consecuente atraso del país.

Es así como el 10 de mayo de 1957 el paro nacional decretado por la organización corporativa del capital colombiano, con la dirección de los políticos tradicionales del país y la Iglesia, que apoyó a Rojas y luego cooperó en su caída, encuentra un gobierno vacilante e incapaz. El pueblo se mantuvo casi hasta el final en una *neutralidad expectante*. No tenía interés en defender un gobierno de promesas que reinició la represión y no cumplió sus programas y enunciaciones. Desconfiaba de la oligarquía y esperó la decisión final de los contendientes. La definición más gráfica la encontramos en un obrero que comentaba en la semana del paro nacional: "yo no me meto, pues en esta pelea no hay tiro perdido". Este hubiese sido el gran momento para construir un *frente del pueblo* que sin estar con el gobierno tiránico tampoco hubiese estado con la oligarquía. Pero una cosa son las intenciones e ideales y otra las realidades políticas. El final es que la

oligarquía organizó la *insurrección de las clases altas*, el gobierno desechó los programas revolucionarios presentados por algunos líderes de izquierda, y el pueblo se adhirió a la parte final de la batalla contra Rojas. Era el desenlace lógico de una situación absurda, Rojas impotente entregó el poder a una Junta Militar integrada por todos los participantes en la represión y sus incondicionales sustentadores. Esta Junta entró de inmediato en entendimiento con los dirigentes tradicionales del bipartidismo y dió comienzo a la tarea de "reajuste institucional", mediante la designación de una comisión de "notables", entre los cuales se hallaba el Dr. Alfonso López Mischelsen, disidente de hoy.

La contrarreforma constitucional.

Esta comisión de reajuste institucional elaboró una serie de normas Constitucionales para dotar al país de "una salida" sin alterar la sustancia conservadora, sino todo lo contrario acentuándola y robusteciéndola. Con el señuelo de la paz y la concordia se acordó una *contrarreforma constitucional* basada principalmente en lo siguiente: vigencia por 12 años, prorrogados a 16, de una Constitución que sería, como en efecto lo fue, aprobada por el pueblo mediante un Plebiscito, método no acordado en nuestra Carta Magna; reparto paritario, por iguales partes y mecánicamente, del poder público entre liberales y conservadores exclusivamente y eliminación constitucional de toda organización partidista distinta al monopartidismo bifronte; eliminación del sistema de votación democrática, de la mitad más uno, imponiendo el voto de las tres cuartas partes, con el fin de mantener el régimen conservador en toda la legislación y praxis del Estado; eliminación de mayorías y minorías ya que cualquier número de votos entre los partidos no tiene significación en cuanto el Estado se repartirá paritariamente entre los componentes tradicionales de las oligarquías nacionales. Estas bases fueron adornadas con algunos recursos de engaño para ilusionar al pueblo. Por ejemplo, se elevó a la categoría de cánón Constitucional la disposición de que el 10% del Presupuesto Nacional se destinará a la educación, olvidando que esa norma era ley desde 1934 y no se había cumplido. Esta norma refleja la falta de memoria de nuestras gentes ya que permite el abusivo recurso de engaño de convertir en norma constitucional el cumplimiento de leyes incumplidas. Este acto de contrarreforma Constitucional fue votado en el Plebiscito del 10 de diciembre de 1957 y es hoy nuestra Carta Constitucional, sin perjuicio de violar los más elementales principios de la Carta Mundial de los Derechos Humanos, suscrita por Colombia en 1948.

Pero como si se hubiesen quedado cortos en su afán de mantener el statu quo conservador, la legislación que expira el 20 de julio de 1960, aprobó una

adición a la Constitución estableciendo el principio de *alternación presidencial*. Este hace que los Presidentes se roten mecánicamente: cada 4 años un Presidente será conservador y luego liberal y así sucesivamente, hasta el fin de los siglos... amén. Naturalmente toda estructura idealista y falsa ha de venirse al suelo. El pueblo está reaccionando lenta pero seguramente. La historia no es una rueda que pueda detenerse indefinidamente al capricho de las oligarquías nacionales y las plutocracias extranjeras.

El panorama actual.

Esta contrareforma constitucional ha sido a su vez reparada por los mismos autores. El primer presidente que debería ser conservador se cambió por Alberto Lleras, que siendo conservador está matriculado en el partido liberal. Esto supone que el próximo Presidente en 1962 ha de ser del Partido Conservador. En esta época ha de presentarse la nueva gran crisis nacional pues es difícil que el pueblo liberal mantenga su posición de inconforme, silencioso y pasivo. Precisamente los últimos resultados electorales constituyeron una muestra básica del presente y el futuro político colombiano: de 6 millones de electores posibles, 4 millones se abstuvieron, cerca de 2 millones votaron por la llamada "política de frente nacional oligárquico", y 300.000 votaron por la disidencia electoral liberal de Alfonso López que se movilizó con la bandera de la "no alternación" presidencial. El estudio desprevenido de estas cifras sustrayendo los guarismos debidos a inconsciencia o indiferencia son altamente significativos. Las mayorías nacionales auténticas repudiaron con su abstención deliberada el sistema de frente nacional y la variante disidente. Los disidentes alcanzaron su votación movilizados principalmente por el factor negativo de la *no alternación*. Es necesario entender claramente que la disidencia de Alfonso López Mischelsen, a pesar de contar con elementos honestamente revolucionarios, no deja de ser, en su esencia, más que una nueva variante oligárquica para canalizar el descontento popular y mantenerlo dentro de los carriles maestros del bipartidismo tradicional para frustrar una reclasificación política del pueblo colombiano en frentes revolucionarios, radicalizados y abiertamente hostiles al viejo sistema caduco que es el causante verdadero del atraso nacional, la injusticia y la miseria. Y esta afirmación no es gratuita ya que los documentos escritos del propio López Mischelsen lo prueban. Así su carta publicada en su semanario electoral "La Calle", del 13 de marzo de 1959, plantea que si es necesario retomar el camino abierto del sectarismo, para mantener la dinámica pa-

sional que enfrente al pueblo de los dos partidos tradicionales, y con esto evitar que el pueblo tome caminos fuera de los marcos tradicionales, debe hacerse. Es decir, ante la unidad social del pueblo de todos los partidos en un frente popular para rebasar los marcos conservadores de los dos partidos, es necesario tomar el sectarismo para reavivar el enfrentamiento y evitar la construcción de un camino revolucionario, que él llama anarquía. Es más, la cuestión de fondo de la composición oligárquica del llamado "frente nacional" ya no lo conmueve con la tesis de que se ha constituido en la práctica un nuevo partido oligárquico en cuanto afirma que ese "frente nacional" no lo cuenta ni como enemigo ni como amigo, y que la paridad es una ventaja que permitirá la subdivisión del pueblo liberal, pero manteniendo la mitad del mecanismo burocrático en el Estado. Se ve claramente el contenido íntimo de la maniobra. Son, como decía Jorge Eliécer Gaitán: "los mismos, con las mismas". Pero lo grave es que estas formas disidentes, con apariencia progresista, son susceptibles de engañar más al pueblo que las maniobras frontalmente reaccionarias. Hasta la evidencia de que, desde ahora, muchos hombres auténticamente progresistas, por razones "tácticas" acompañan esta aventura diversionista. En este caso se replantea el fenómeno internacional de las "democracias formales" y simuladores de republicanismo que inhiben la lucha popular revolucionaria en igual o mayor grado que las tiranías desemboscadas y no encubiertas bajo el manto hipócrita de "democracias representativas".

¿Qué hacer?

Es el gran interrogante planteado a los revolucionarios. Parece que la crisis política colombiana en perspectiva y agudización para 1962 sea la coyuntura nueva para organizar un movimiento de cohesión popular y unidad social de los oprimidos. Es una tarea de organizar conscientemente al pueblo contra las oligarquías de todos los partidos. Es una cuestión de clase. Es el planteamiento de una revolución nacionalista, popular y democrática. No es una simple cuestión partidista tradicional o de formulación de disidencia electoral sin contenido revolucionario. Y en la medida en que rápidamente organicemos el *dispositivo político* adecuado a esta respuesta histórica nos hallaremos situados en las puertas de la revolución social. Es nuestra esperanza y también nuestra fe. Las tácticas, la programática y la acción práctica para esta gran estrategia final será cuestión de un estudio próximo.

Luis Emiro Valencia

El Obispo Quijote

Los que cansados los ojos y apagados los velones dormían sobre los laureles de los libros de caballería, tuvieron un hermoso despertar en la aventura americana y entre los muchos que embarcaron para las nuevas tierras descubiertas y por conquistar, cuantos habían que en sus caletres calenturientos creíanse caballeros andantes y entre ellos el no menos andante caballero Don Miguel de Cervantes, el cual sino vino a las Indias estuvo a punto de salir para la Gobernación de Chapas en Guatemala.

Porque Cervantes fue eso antes que todo. Un caballero andante. Y alguien ha dicho, con acierto, que escribió el Quijote por la nostalgia que había en su ánimo de aquel mundo de fábulas y caballeros desaparecidos y que reaparecía con todos los encantos de la realidad más encantada en tierras vírgenes extendidas del otro lado del océano.

Justo era entonces que este fallido caballero andante quisiera embarcar en alguna de las naos que despegaban de las costas ibéricas, entre misas, lágrimas y juramentos, para lanzarse en el Nuevo Mundo a la conquista de algún Dorado, de alguna ciudad de gigantes perdida en las nubes de las fábulas.

Cervantes quedose con la "miera nostalgia de islas y tierra firme", cerrados para él los libros de caballerías y el inmenso libro inédito de América, sentose a escribir Don Quijote, y en su lugar como encarnación del más hermoso de los hidalgos, ancló en las costas de Hibneras, un auténtico Quijano, sin Rocinante, sin Sancho, un obispo que dió batalla como gran desfacedor de entuertos, Fray Bartolomé de las Casas.

En lugar de Cervantes arriba a nuestras tierras la más patética y viva encarnación de su héroe, como si en vez del famoso hidalgo que salía hacia las tierras de la Mancha, hubiera marchado el cura montado en Rocinante, sin más Sancho que algún sacristán amigo.

¿Qué mayores tropelías que las que se cometían con los indios? ¿Qué tiranía mayor que la sufrida por estos infelices? ¿Dónde en la tierra encontrar más injusticia acumulada?

Los atropellos, las iniquidades, el despojo, la ruina, el desamparo reinante en aquellos señoríos son combatidos por el religioso montado en Rocinante, y aquí y allá se lanza contra los molinos de vientos que en aspas ostentan los sagrados nombres de Jesús, María Madre

y los Apóstoles, ya que dentro de esos templos se muele no el trigo candeal, sino el grano de la poca o ninguna caridad para con el aborigen reducido, no a la condición de esclavo, sino de bestia que valía menos que un perro.

¿Qué pasa con la Iglesia? ¿Qué ocurre con sus molinos de viento? El Padre Las Casas es arrebatado por una de las aspas y lanzado hasta los campanarios donde callan las campanas, y sólo se escucha el protestar de los señorones blasfemos y maldecidores. Maltrecho en su fama, negado en sus sagrados menesteres, cae Fray Bartolomé sin Sancho que le acuda, porque los Sanchos y Sacristanes más atentos están a contar la calderilla y lisonjear a los amos.

Nuestro Quijote recoge su escudo que es su devocionario, su lanza que es su rosario, su peto que es su sayal, arriba con el golpeado cuerpo y el angustiado espíritu, para nuevas batallas.

Los gigantes más gigantes, los eternos gigantes los intereses creados, le esperan emboscados en las capitánías, disimulados en los ayuntamientos, ocultos en las salas curiales, o bien, a pecho abierto en la acción de los desafortunados milites que no están dispuestos a que se malogre el negocio de la conquista por las ideas diabólicas de un fraile veleidoso y "bribón". Pero Fray Bartolomé no se deja convencer por aquellos prudentes varones, religiosos y seculares, que con el consejo de la conveniencia para la Corona, estabilidad de la Iglesia, y bien y paz de todos, intentan volverle al "buen camino", separarlo de su empresa insensata, o al menos hacer que modere su verbo candente y lapidario contra los hijos o nietos o sobrinos de soldados que conquistaron fama en la Conquista de Nueva España y demás tierras conocidas.

Le quieren persuadir que las cosas no son como él las ve, que es como decirle en otras palabras que ya no está en su juicio, que no hay tal injusticia y maltrato con los indios, por ser estos revatados infieles, viciosos, sodomitas, y amigos de satisfacciones contra natura en sus borracheras y mitotes.

¿Cómo un monje, sin estar loco, puede enfrentar idólatras a caballeros de cuyo pecho cuelga la Cruz de Calatrava? ¿Cómo, sino valiéndose de la intriga, el más terrible de los filtros, ha logrado que se le preste oídos a sus discursos incendiarios, en audiencias reales, hasta obtener que el Serenísimo Monarca firmara de

su mano, en alguna ciudad villa de España, las disposiciones que causaron el más grande alboroto en sus dominios?

La ira desenfrenada del alma de los españoles se lanza igual que el rayo y en Nicaragua muere un Obispo con las tripas de fuera, acuchillado, y en el Perú los alzados se amotinan, y en México, las autoridades piden al Obispo de los Indios que no se exponga a las manos de la multitud y se le niega cabalgadura en su archidiócesis, y se le esconde la comida, y se le infecta el agua. Los gigantes más gigantes de todos los tiempos, los intereses creados, han sido tocados por la lanza de Don Quijote, combatidos también por los carneros, es decir, por los pueblos, por las gentes a quienes intenta favorecer. Y entre Navidades de espanto y Semana Santa en las que se niega la absolución a los que en sus tierras mantengan indios esclavos, van hacia la metrópoli, arcas cargadas de pliegos en que se demanda de rodillas al Rey que derogue toda aquella legislación de pesadilla, y vuelven infolios con denegatorias, amonestaciones, sin faltar los temibles visitadores, personeros de la corona, suficientemente instruidos en la necesidad de mejorar las condiciones de vida y trabajo del aborigen. El Obispo de Chapas, no cede, no cesa, asiste al más famoso Concilio celebrado en América, en México, expone su doctrina de salvación de este capital humano, en dignidad, libertad y bienestar, acusa nue-

vamente a los peninsulares por su política de destrucción de las Indias, es oído... es oído como se oye a Don Quijote, pero esto no le desanima, vuelve a Chapas, se encamina por tierra a Honduras, embarca para España, a dónde por fin en uno de sus viajes, vuelve a madejar sus memorias, no vencido, no derrotado, por el contrario, sus Memorias, son nuevas armas de combate, verdaderas catapultas contra la ceguera e incomprensión de los que explotaban al indio en forma inmisericorde, haciéndole trabajar hasta consumir sus energías, bajo los dictados del látigo, robándole a sus hijas y mujeres, desposeyéndolo de sus tierras cultivadas, sin más Domingo que el de la Cárcel ni más consuelo que el de la muerte.

Los artifices de la felicidad casera, se han reunido en más de una ocasión históricamente, para echar al fuego aquellos libros que son peligrosos, como se hizo con los libros que trastornaron el seso a Don Quijote, sólo que ésta vez, a los libros de caballerías hay que agregar los que escribió este nuevo andante caballero, este Obispo Quijote, llegado a Chapas en lugar de Cervantes, como si el destino hubiera querido que el autor del Quijote fuera allá en cuerpo y alma, en el cuerpo y el alma de su héroe inmortal encarnado en Bartolomé de las Casas.

Miguel Angel Asturias

Reportaje desde el Sanatorio

El libro aceptado en el presente como el trabajo definitivo sobre shock terapéutico (Hoch y Kalinowski, *Shock Therapy*) concluye con la asombrosa admisión de que el agente curativo en el tratamiento por shock permanece como "un misterio envuelto en otro misterio". Esta confesión de ignorancia —que se extiende tanto para el tratamiento insulínico como para el electro-shock— por dos de los hombres que aplican electrodos en la cabeza de los pacientes de uno de los cuatro hospitales para enfermos mentales abre sin duda una interrogante tanto para el técnico como para el lego. El testimonio a continuación es el de un testigo; un testigo que ha pasado por el shock insulínico durmiendo cincuenta estados de coma.

Se puede pensar con sorna de los fumadores de marihuana y su concepción de lo sublime. Aquellos que han estado "subidos" de tono se toman muy en serio, cual personas de *eminencia* y archimandritas de una Alta Iglesia. Sin embargo, un paciente que emerge de un coma insulínico no puede evitar sentirse persona corriente. Imposible la existencia de capas jerarquizantes cuando son provocadas con una inyección intravenosa o una secreción animal, cuyo único propósito es el de bombardear espacio-insulínico con neutrones de glucosa-tiempo hasta que el espacio desaparece cual niño asustado, y despertamos en terror para encontrarlos aprisionados entre sábanas. La ingenuidad de los fumadores de marihuana es, por lo tanto, estúpida.

La diferencia entre la insulina y la marihuana es, en muchos aspectos, similar a la diferencia entre surrealismo y magia. La primera es más doméstica y el propio sujeto se la administra; la segunda es violentamente resistida por el sujeto —ya que esta sustancia no ofrece ni tan siquiera una forma perversa de satisfacción—; y su dosis es forzada en la noche por impersonales criaturas vestidas de blanco que arrancan de la cama al paciente llevándolo a un elevador y amarrándolo a otra cama en otro piso para despertar en la bruma del recuerdo onírico. Así la insulina llega como súcubo, es efectiva y llena de gracia.

En este respecto las fantasías paranoicas liberadas por la marihuana carecen de sustancialidad y son la causa de la escritura automática y los actos gratuitos. En el caso del shock insulínico uno se encuentra en

completo simbolismo de paranoia, comenzado con el rudo despertar y la enorme ampula hipodérmica, con tinuado a través de dieta que restringe y terminado con lapsus de memoria y una temporal desfiguración física.

En la primera etapa del tratamiento, que consiste en cincuenta comas hipoclicémicos, yo reaccioné de manera altamente paranoica y acusé con burla a los médicos de haberme "amputado" el cerebro. El carácter de mi enfermedad hacía que estuviese siempre bromeando (cuando me presenté en el hospital pedí que se me electrocutase por tener mayoría de edad, sin saber cuán cerca estaba de ello con el electro-shock. He notado caracteres similares en otros paranoicos en estado de shock.

Para algunos de nosotros familiarizados con Kafka, una identificación con K., o con caracteres similares, llega a implicar más de lo que nosotros los kafkianos hemos soñado. Sabíamos que era cierta esa enajenación por razones absurdas: perder el tiempo en la lucha, complotar la muerte de un soldado, o arrojar del púlpito a un predicador. En este particular el texto se sigue al pie de la letra. La necesidad de realizar la perspectiva kafkiana se nos revela de súbito cuando la burocracia del hospital se nos presenta como benevolente. Nosotros, los enfermos, no hemos sido arrastrados a un callejón y asesinados allí, sino que, por lo contrario, hemos sido llevados a un Jardín de Delicias Terrenales, con algunas excepciones fatales como resultado de la intolerancia al shock, descubriéndose un paralelismo con la gracia divina cuando se nos rehusa sin saber por qué. Esta impresión surge de la naturaleza subjetiva del estado de coma.

Después de ser amarrado a mi cama y de aplicárseme la insulina mi parloteo de ironías incoherentes cesa; y contemplo fijamente el bulto que produce mi cuerpo bajo las sábanas; mi cuerpo saturado de insulina, enorme ironía de concreto con infinitos niveles de asociaciones, por lo tanto, un medio de lograr asociaciones con las cosas, así como las ironías verbales fueron un medio para revelar el sentido de las palabras. Debajo de esta airada anticipación del fin del mundo yacía escondido un vago temor a las consecuencias: porque el estado de coma confirma todos los temores del

paciente. Lo que comienza como endrogado soñar pronto cambia orgánicamente convirtiéndose en uno de los millones de universos psicológicos que tenemos que atravesar antes de ser despertados por la glucosa, siendo imposible acostumbrarse. Cada estado de coma es diferente del anterior. Carente del sentido del tiempo mientras habito estos universos sucesivos en cada shock mi sensación era la de omnipresencia; de estar en todas partes sin temporalidad, por lo tanto, de no estar en ninguna parte. Por lo tanto, de habitar esa nada expresada a gritos por Antonin Artaud. He sido condicionado en mi enfermedad por el surrealismo clásico.

Invariablemente emerjo del coma balbuciendo como un niño, manoteando (después de ser desatado) y gritando "Comida" o "Socorro".

Las enfermeras y los médicos me ignorarán hasta que mi dolorida mente y cuerpo me arrancan del vacío poniendo fin a los gritos y manoteos. Esto conquista la admiración de mis dispensadores de gracia obligándolos a decidir que soy merecedor de ser salvado. Me traen entonces aperitivos de glucosa en la bandeja del desayuno. Así la burocracia del hospital presenta la insulina *maudit* en un mundo de objetos deliciosos confeccionados todos de azúcar, conquistándose con ellos la devoción del paciente. De no ser engañados por las apariencias vemos con claridad que el mundo de las cosas reales se nos impone con deseo de ser *maudit* convirtiéndose en posible objeto de idolatría.

Así dicho, la atmósfera que prima en la sala del hospital donde se suministra insulina es para el enfermo una atmósfera donde los milagros parecen ocurrir constantemente; y lo más traumático de todo es que estos milagros son concretos. Recuerdo una vez que caí en coma desinfectado y con las sábanas esterilizadas, emergiendo cundido de insectos. Otra vez fui revivido de mi estado de coma por un psiquiatra egipcio, el cual estimando que yo no estaba bien sujeto a mi cama, ordenó con brusquedad a la enfermera envolverme más apretado. Mientras me encogían grité: Amenhotep. Otro fué el de un joven paciente a quien todos conocíamos como iletrado, el cual, inmediatamente después de salir del estado de coma insulínico, dió plena evidencia de haber estado en contacto durante el coma con la obra de Jacobo Boehme. En su libro de viajes por Norteamérica, Simone de Beauvoir expresa su consternación al descubrir que un miembro de la junta editorial de la *Partisan Review* admitió desconocer los escritos de Boehme.

Poco tiempo después de haber sido momificado y de mi desafío a Amenhotep, tuve contacto con otro paciente a mi lado mientras estábamos en coma. Yo le decía: "Soy Kirilov"; y él me contestaba: "Y yo Myshkin". La cadencia de lo suprarreal no fué jamás alte-

rada; ninguno se atrevió a sumir la responsabilidad de abrir una grieta en la unidad rítmica que cada alucinación lleva consigo.

Estas fantasías colectivas, en las cuales soñamos el sueño de otros, contribuyen al terror creado al contacto con el impredecible vacío insulínico, que todavía se niega a rendirnos con entera satisfacción y del cual toda suerte de horror puede surgir.

Como resultado esta purga terapéutica trajo una amnesia, ocasionada por un raro tipo de convulsión insulínica que se presenta en un 2% de los casos; y una obesidad causada por la glucosa. Más tarde, al sustituirse la insulina por el tratamiento psiquiátrico estas manifestaciones fueron importantes en mi futura reorganización. Como mi enfermedad afectaba el habla, su primer efecto fué crear una afasia en las ideas, con el resultado de un pánico que me dejaba sin palabras. Se me olvidó el nombre de mi universo; aunque, por supuesto, lo tenía en la punta de la lengua. Toda idea o sentido de los objetos se perdieron totalmente, y lo que permaneció fué un estado de ausencia ideacional consciente que sólo puede ser definida en términos clínicos como... amnesia. Tan intenso fué el sentimiento de pérdida que, al poco tiempo, insistí me hiciesen un electroencefalograma para observar si existía lesión orgánica. Por otra parte había aumentado sesenta libras, lo cual provocaba en mí un estado dual al no poderme reconocer en el espejo ni recordar cómo había sido antes. ;

Cuando me recobré de la amnesia lo suficiente para recordar algunas cosas sobre mi persona se me permitió salir los domingos acompañado de alguien. Algunas veces fui llevado a un bar de homosexuales por un viejo amigo neurótico, del cual no era yo consciente, y que me informó que yo acostumbraba a visitar ese bar con frecuencia. Allí me sentí extraño en mi corpulencia tan lejana del físico necesario para la gracia del homosexual; descubriendo con horror el haber perdido la facilidad para construir frases arielescas y brillantes, que son la tónica fundamental del invertido. Descubrí también que era incapaz de producir efecto erótico en el objeto que se me ofrecía.

Casi de modo imperceptible el proceso de reconocer el objeto volvió otra vez en todos los reinos de la actividad, pero con signo invertido. Un domingo sorprendí a mis amigos en un restaurant al insistir en que un camarero había cambiado un plato no grato a mi paladar por otro; y mayor fué su sorpresa al presenciar mi rechazo caritativo a un pordiosero, contrario a mi costumbre.

La angustia infinita se revierte en el terrible ser de la tierra

Melville. "L'Envoi".

Por esta época escribí un tipo de manifiesto que titulé "Manifiesto".

Córcega es una isla situada frente a Sardinia. Su capital es Ajaccio y fué allí donde nació Napoleón. Aunque pertenece a Francia no forma parte del continente europeo. Es una isla. Como Capri y Malta es una isla. No forma parte del continente. Insisto en esto. Hay una masa de agua que la separa llamada Mar Mediterráneo. Esto se vé en los mapas. Si se me contradice en esto el mundo entero me asistirá de un modo u otro. (No hay razón para que pertenezca a Francia). Lo que aquí suscribo es un desafío a todas las fuerzas del mal, de la idiotéz, de la muerte, del silencio, del vacío, de la trascendencia, etc., y descanso seguro en el conocimiento de que mi desafío jamás será aceptado por esa escoria a la cual dirijo mi manifiesto. He permanecido demasiado tiempo en las garras del AGUILA esperando la oportunidad de vengarme humillando al vacío.

Gracias por la atención prestada.

Un adulto vehemente

Como el asunto de seleccionar se tornó cada vez más complejo, desarrollé una suavidad sin precedentes para operar dentro de ciertos límites definidos. La locura se presentó como irrelevante, como no trascendente para los objetos a mi alcance, y me hallé seriamente ocupado en tomar contacto con los objetos asignándoles valores.

Mi total rechazo de la psiquiatría, que había constituido después de cada estado de coma objeto de fanática adulación pasó ahora por una tercera fase: la de un criticismo constructivo. Me volví consciente de la obtusa periferia y del dogmatismo administrativo de la burocracia del hospital. Para ilustrar esto diré que mis lecturas fueron vigiladas por un tiempo, hasta que encontré un medio de guardar *au courant* sin alarmar a las enfermeras y el personal. Metí de contrabando algunos números de *Hound and Horn* con el pretexto de ser una revista pertinente al campo psiquiátrico. Después de haber leído el libro de Hoch y Kalinowski, *Shock Therapy*, lo usé de pantalla en mis manos para poner dentro de él otros libros como "Los Orígenes del Surrealismo" de Anna Balakian; pero me descuidé cuando leía "La Revolución Permanente" de Trotsky y fui sorprendido por la enfermera, que se me acercó por detrás, pisando como los gatos, acusándome después de comunista.

La inepta actitud oficial se tornó increíble cuando, una semana antes de Halloween, se anunció un baile de disfraces para ese día cuya asistencia era obligatoria

anunciándose un premio para la mejor máscara. Los enfermos, entre los cuales existía un fuerte espíritu de competencia, se dedicaron con furor a crear el mejor atuendo. Esta labor fué supervisada por una arpia pedagoga asignada como jefa de Terapéutica Ocupacional que vigilaba nuestro trabajo por si destruíamos los implementos de costura, los tejidos o las tintes. Por cierto que esta señora me sugirió me disfrazase de perro. Furiosamente competimos los enfermos modelando espadas, que eran falos camuflajeados, lanzas, cuchillos, cicatrices para nuestros rostros y enormes quistes (sombreros) para cubrirnos la cabeza. Cuando llegó la noche del baile fuimos conducidos, mareados y amnésicos, al gimnasio, que hacía de salón de baile. Tensión insidiosa vibraba en el ambiente a medida que se acercaba la decisión para el premio. Finalmente los Terapeutas Sociales sentados al centro del pulido salón nos hicieron girar en rueda mientras una enfermera tocaba una marcha en un piano. Había varios Hamlets, un Rey Lear, un grotesco Mr. Hyde, un médico; había varios hombres en papeles femeninos; había un joven obeso con la idea de ser un objeto inanimado disfrazado de bombillo, muy brillante en su pintura con su sombra complementaria. De repente la música paró: los jueces seleccionaron a un vencedor rechazando a los otros. Nunca supimos quién fué debido al caos que se produjo inmediatamente. Un quejido profundo surgió del resto al conocer que su sueño había sido condenado. Sombras fantasmales giraban locas en desesperación. Las enfermeras y los Terapeutas Sociales pasaron el resto del tiempo consolando a los perdedores.

Así progresé después que mi serie de cincuenta comas concluyeron y finalmente regresé a mi peso normal de 180 libras y a mi verdadera orientación sexual: la heterosexual —que vino a canalizarse después de que los básicos deseos de muerte andróginos fueron reorientados. Es posible que mi caso no sea típico y que la gran mayoría de estas transformaciones no se logren y hasta lleguen a no materializarse jamás. Algunos pacientes nunca fueron conmovidos por el tratamiento, si no que, por lo contrario, su apetito fué estimulado. Así algunos permanecieron paranoicos hasta el amargo final.

Me gustaria citar un pasaje de un artículo del poeta Antonin Artaud, publicación póstuma en *Le Temps Modernes*, Febrero 1949. Artaud sufrió terapias insulínicas y eléctricas durante los nueve años que estuvo bajo tratamiento hasta su muerte ocurrida en Marzo de 1948.

He muerto en Rodez por electro-shock. He sido muerto. Legal y científicamente muerto. El estado de coma por electroshock dura un cuarto de hora. Media hora más y el paciente ya respira. Pero una hora después del shock no había yo despertado todavía y mi respiración cesó. Sorprendido

por mi rigidez anormal un enfermo salió en busca de un médico, el cual después de auscultarme no halló signos de vida. Conservo mis memorias sobre mi muerte de ese momento, pero no es sobre ella que baso mis acusaciones. Me remito a los datos que ofreció el joven doctor Jean Dequeker. Yo poseo otro tipo de recuerdo del hecho, pero los guardo en secreto. Este recuerdo es que no he visto este lado del mundo sino el otro...

Lo que Artaud describe es lo experimentado por todos nosotros, pero en él la experiencia se detuvo convirtiéndose en el nivel permanente de la existencia: esa ausencia de mito representada por una corta "muerte" fué aceptada como la culminación del mito. Artaud escribió, en su ensayo sobre Van Gogh, que un "lunático es un hombre que ha preferido volverse lo que la sociedad define por loco antes que sacrificar su concepto de superioridad" y continúa diciendo que "una sociedad viciada inventó la psiquiatría para defenderse de la calidad superior de ciertas mentes lúcidas cuyos poderes intuitivos la perturban" y que "cada psiquiatra es un asqueroso ojo de perra". En París vergonzosamente, este penoso ensayo escrito por un hombre enfermo fué honrado con el premio Saint-Beuve, suscrito por varios de los más distinguidos críticos de Francia.

Tengo una mente pequeña y pienso usarla

^c Esta sentencia es epítome a la verdadera lección que nos ofrece la insulina: la trágica, sobre la cual no escribió Artaud ni fué comprendida por él —que una vez escribió: "Los muertos continúan revolviéndose en sus cuerpos" —situándose el poeta ante nuestros ojos

cual sublime y cómica figura, que aparta su mirada del espectro de la realidad; que nunca admitió poseer dimensiones sexuales; que fué incapaz de ver su mortalidad.

Mi salida del hospital fué seguida de un período de furia y venganza al mundo (verdadero y sustancial) experimentado allí. Un período que todavía continúa, aunque lleno de retrocesos tácticos y cambios de ideas al respecto. Estos cambios son cada vez menos frecuentes y la corriente del práctico existir cotidiano me arrastra inexorable. Mi actitud hacia lo mágico por mí visto es similar ahora a la de aquel negro estudiante del África que conocí hace un mes, quien me contó que su tío era hechicero. Una vez lo vió convertirse en gato ante sus ojos. Su única reacción en ese momento fué la de arrojar a su tío-gato una piltrafa. Me confesó que no se sintió muy impresionado por la magia, aunque le conceda su valor; y que prefirió venir a América a estudiar política y ciencia para modernizar su país al regreso.

Para la mente que sufre existe peligro si poetizamos el vacío producido por el coma. Sólo cuando está deformada sin esperanza y su naturaleza es ya un disfraz viene a servir para cuna de mitos. Para afrontar el coma cara a cara debemos pegarnos a los hechos tal como son, consiguiendo de ese modo suprimir lo mortífero que ello encierra. El verdadero coma actúa de estimulante en una mente débil. Al situar de otro modo el contenido, o sentido del coma, es cuando arriesgo para su examen la arquitectura de mi mente.

Carl Solomón

(traducción de Oscar Hurtado)

Los Cuates

Cabeceaba. Las fogatas del patio se habían apagado; las de los murales permanecían encendidas, para siempre. Alguien, a lo lejos, rasgaba una guitarra con dedos soñolientos. La voz adormilada y suave flotó sobre el patio lleno de gente dormida, envuelta, con los rostros escondidos, defendiéndose del frío de la noche: trinchera horizontal, trinchera roja y azul de sarapes abultados.

"La muy ingrata... se fue y me dejó"

Eso lo cantaban de jóvenes, cuando llevaban serenatas. Rosa y Remedios... unas novias de la adolescencia a las que les llevó "gallo". Rosa era la hija de un abarrotero gallego: pequeña, rubia, con los ojos muy hundidos y pecas en la cara, Remedios: la muchacha que provocaba los pleitos, la más asediada para ir a los bailes de los veinte años, la más caliente en los cines. Había que hablarles de manera distinta a las dos. Rosa era para verla de lejos, en misa o en la plaza, y luego dar vueltas en la cama soñando con ella, imaginando un beso o una mano apretada en la oscuridad. A Rosa había que hablarle con mucha ceremonia, y darle trato de "señorita". Pero con Remedios si era necesario despabilarse, y decir las groserías de otro modo, a medias, para que ella moviese los ojos de esa manera, como negando e invitando al mismo tiempo; y a Remedios la imaginaba desnuda, y la había tocado en el cine, entre las piernas y en las puntas de los senos.

*"La muy ingrata, se fue y me dejó,
sin duda por otro, más hombre que yo..."*

Cabeceaba, y la voz lejana de la canción impulsaba sus recuerdos. Los nombres y rostros de la pandilla del barrio, sus ilusiones de entonces... Era siempre la misma esquina, el mismo "Kiko's" con mesas de linóleo y asientos de hulespuma, la misma sinfonía de discos rayados y ellos, los meros meros del barrio. Ahora le habían contado que las cosas eran distintas; que los gallos de hoy sí eran muy duros, de cuchillo y toda la cosa. Ellos no. Viéndolo bien, eran bastante bobos. Se defendían cuando eran atacados; a veces, hasta provocaban. Pero nunca hubo riñas con armas. Sí, muchas horas inocentes, perdidas, en aquella refresquería. Eran cuates. Se contaban las cosas, y le hubieran partido la madre al que las hubiera repetido. Para eso eran los cuates: para decirse lo que a nadie más se le decía, ni a los padres, ni a las novias. Salvador quería ser campeón de automovilismo a los quince años, y peso gallo

a los diecisiete; fue cuando empezó a ir a la Arena México todos los viernes, y a entrenarse al "Plan Sexenal" los domingos. Y los otros. Alberto, el chaparro, tan bueno para los números, con su cara de oso joven, Luis "El Cogelón" con su perfil de artista de cine, el que conocía y se trataba de tú con todas las putas del barrio. Macario, el ciego, al que habían aceptado en el grupo porque era el que se sabía los mejores chistes, Reynaldo, el de dos metros, el que metía susto a la hora de los catorrazos. El negro cubano, José María, bueno como él solo para los golpes, que había venido a estudiar medicina a México. Y los hermanos González, Chema y Tito, que bailaban en un cabaret del rumbo, donde los anunciaban como "Los Rogers Brothers".

Eso eran los meros cuates del barrio. Los que llegaban todas las tardes a las cinco al "Kiko's" de la esquina y se platicaban las cosas. Cómo no...

Fue cuando la pandilla del Politécnico los retó a un partido de fútbol nada más para patearles las rodillas y todo terminó en encuentro de box allá, en el lote vacío de la Calle de Mirto, y Macario el ciego se presentó con un bate de beisbol y los del Poli se quedaron fríos al ver cómo les pegaba el ciego con el bate, como si pudiera oler el tamaño y la distancia. Desde entonces todos aceptaron a Macario, cuando empezó a contar chistes, de plano lo hicieron como la mascota del grupo; el tipo hacía unas muecas para troncharse de la risa, girando sus ojotes blancos y torciéndose las orejas hacia atrás. Había nacido ciego, por puro descuido de su padre que tenía sífilis, pero Macario se moría de la risa, porque en cuanto cumplió diez años su papá le dijo que no se preocupara, que no tendría que trabajar nunca, que al cabo la jabonera de la que era propietario marchaba bien, y había ido colocando sumas en el banco para que Macario, de grande, recibiera una pensión vitalicia. De manera que el cieguito se dedicaba a cultivar su físico, para defenderse, y caminaba con una seguridad absoluta por todas las calles del barrio. Pasaba largas horas escuchando la radio —"mi escuela"— y de allí sacaba sus bromas y sus voces caricaturescas.

"Ustedes preocupense" —decía, muerto de la risa—; "yo no tengo que estudiar, ni tengo que trabajar. ¡Qué envidiota les va a dar cuando pasen por aquí, toditos cansados de trabajar, y yo esté igualito que ahora, sentado aquí, viendo pasar". Cuando decía "viendo pasar", giraba los ojos en las cuencas y hacía una mueca feroz de placer y todos se tronchaban de la risa.

Fue cuando Salvador y Reynaldo caminaban juntos de noche, durante la época de exámenes, de regreso a sus casas, y el grandulón le pedía a Chava que le explicara bien todo ese enredo de la geografía: la época terciaria y la cuaternaria, todo ese lío de las capas geológicas. Era cuando los dos se detenían un rato en la esquina de Sullivan y Ramón Guzmán, bajo el cielo alto y frío de noviembre, y Reynaldo decía:

—¿Sabes una cosa? Me da como miedo pasar de esta cuadra. Aquí como que termina el barrio. Más lejos ya no sé qué pasa. Tú eres mi cuate, y por eso te lo cuento. Palabra que me da miedo pasar de esta cuadra.

Fue cuando Chava y Tito, uno de los "Rogers Brothers", salieron a moquetearse durante un baile organizado por las muchachas de la secundaria, porque la coqueta Remedios había ido con Chava y después de pegarle el cuerpo y acariciarle la nuca comenzó a hacerle ojitos al "Roger Brothers" y éste se acercó a pedir la pieza y Remedios en seguida se le embarró. Cuando pasaron junto a Chava, que esperaba furioso a que terminara la pieza, la famosa Remedios dijo en voz alta: "Palabra que ninguno sabe bailar como tú, Tito, y hacerle sentir cosas tan padres a una muchacha", y Chava, que sintió ganas de aplastarle el hocico pintado a la niña, le dio un manazo en la cabeza a Tito, que no tenía la culpa; y aunque eran grandes cuates, salieron a sonarse a la calle, mientras Remedios se pascaba muy gronda por el salón de baile, envidiada por todas las demás muchachas.

Fue cuando Luis, "El Cogelón", los llevó a todos por primera vez a la casa de la calle de Constanacia, y todos se quedaron con la boca abierta de que las mejores putas se lo disputaran y lo llamaran "mi viejo"; todos estaban nerviosos y asustados, pero Luis se paseaba por el lugar llamando por sus nombres a las mujeres, y hasta al cantinero; pidiendo bebidas raras y asegurando que ninguna le cobraba nada, del gusto que les daba acostarse con él. Luis tocaba muy bien el piano, y animaba las sesiones en la casa de la calle de Constanacia y encendía una sonrisa alegre que todos los demás muchachos envidiaban. Con razón se había cortado de estudiar cuando terminó el tercero de secundaria; con este éxito entre las viejas, de pendejo iba a perder el tiempo.

Fue cuando Alberto, el chaparro cara de oso, se sacó todos los primeros premios y los muchachos se hacían cruces: ¿Qué este cuate no duerme?, ¿cómo le hace para parrandear, ir a bailes, pasarse la tarde en "Kiko's" y además aprenderse de memoria todas las lecciones?

Fue cuando el papá de Remedios mandó llamar a Chava y le dijo que le prohibiría a la niña volver a salir con él si no cortaban a ese negro de la pandilla; que habían visto a Remedios sentada en el cine entre Chava y el negro José María, y que él no quería que su hija

se juntara con negros. El papá de Remedios era de los ricos del barrio; tenía tres concesiones de Petróleos Mexicanos para manejar gasolineras. Chava lo mandó a volar, y le dijo que aquí no eran los Estados Unidos, y que si quería discriminar empezara por los mexicanos, que tampoco eran de color de sábana. Le dijo que José María era un gran estudiante de medicina, y un gran cuate. A todos le ardió mucho lo del papá de Remedios, y una noche fueron a regar de clavos sus gasolineras.

Fue cuando la apretada de Rosa fue a quejarse con su familia de que Chema, el otro "Roger Brother", trató de meterle mano en el cine, y el abarrotero se quejó con el cura párraco y con el dueño del carabert y Tito, el otro bailarín, se enojó con su hermano porque no sabía distinguir a las huilas de las apretadas y además comprometía la carrera de los "Rogers Brothers". Los González se levantaban muy tarde, ensayaban sus bailes y llegaban a almorzar a las cinco al "Kiko's". Los demás los envidiaban, porque eran los únicos que no dependían de su familia y metían mujeres a su cuarto de la calle de Curpio. Además, se disfrazaban de smoking todas las noches y bebían gratis en el cabaret.

Fue cuando Remedios empezó a hablar en inglés todo el tiempo, y a teñirse el pelo de rubio ceniza. Fue cuando los cuates se dieron cuenta de que todas las tardes había un Lincoln convertible frente a la casa de la muchacha. Luego conocieron al apretadazo aquel que usaba corbatas italianas y sacos con apertura trasera, con el que Remedios iba ahora a todos los bailes y al cine los domingos. Y luego Remedios se casó con él y se fué del barrio para siempre.

Fue cuando cada uno quería ser algo. Chava se decidió a entrar a la Normal, porque era la ilusión de su viejo y porque era una carrera segura, de toda la vida, y con pensión. Alberto se inscribió en la Facultad de Ingeniería. Los "Rogers Brothers" soñaban con que los contratara el "Waikiki". Luis quería ser pianista, y a veces los bailarines lo colaban en la orquesta del cabaret, cuando el pianista de planta se emborrachaba. José María iba a terminar medicina. Sólo Macario no tenía problemas.

Fue cuando José María se recibió y la familia de Alberto le regaló el automóvil viejo y todos se decidieron a celebrar las dos cosas en grande recorriendo los cabarets baratos de la ciudad. Bebieron litros de tequila y Reynaldo sentía que el firmamento se le venía encima, lleno de luces redondas y edificios de gelatina. Iban muy tomados, y Reynaldo dijo que Alberto no sabía manejar bien y comenzó a forcejear para que Alberto le dejara el volante y el coche por poco se voltea en una glorieta del Paseo de la Reforma y Reynaldo dijo que quería guacarear y la portezuela se abrió y Reynaldo

cayó a la avenida y se rompió el espinazo. Seguro. Había muerto lejos de su barrio, en la avenida más elegante de México.

Después, se dejaron de ver. Cada uno tenía nuevas ocupaciones, y ya no podía pasarse la tarde en "Kiko's". Después, Chava se iba enterando, por casualidad, de la suerte de los cuates y de las muchachas. Remedios vivía en una casa muy elegante de Polanco, según le dijo un día el concesionario de las gasolineras; una vez, Chava la vio retratada, con un gran escote, en la sección de sociales de "Excelsior". Romy de Iturbe, decía el nombre debajo de la foto. A Rosa la vio un día, gorda y en chancas, empujando un cochecito de bebé por la Alameda de Santa María. Alberto era profesor de matemáticas en la Universidad; él también se mudó del barrio, y nunca buscó a los cuates. Desde la muerte de Reynlido, había cambiado, no había regresado al "Kiko's"; como se sentía responsable. Luis tocaba el piano en la casa de la calle de Constanca; durante el primer embarazo de Ana, Salvador lo había visto allí, medio calvo, tocando música de Agustín Lara, y Chava no sintió ganas de saludarlo. Los "Rogers Brothers" acabaron por pelearse; Tito se quedó como maestro de ceremonias en el cabaret del rumbo; echó panza, y ya no salía a bailar. Chema se fue de "crooner" a un cabaret de Ciudad Juárez, según le contó Tito una vez que Chava cayó, nostálgicamente, por el viejo cabaret del barrio.

Sólo Macario seguía sentado en el "Kiko's", todas las tardes, "viendo pasar", como decía. Pero nadie lo acompañaba. La nueva hornada de chamacos —estos que ahora usaban chamarras de cuero con calaveras pintadas, se peinaban de cola de pato y formaban el "Jimmy Dean Club"— no se acercaban al ciego. No era lo mismo ser un ciego joven y chistoso, que ser un ciego de treinta y dos años, mal rasurado, que contaba chistes de la época del pedo. Pero Macario nunca dejaba de asistir al "Kiko's", aunque los nuevos chamacos le gritaban, al entrar: "¡Jaya, Dead-Eya!; ¿adivina si hace sol?". Y José María. Había regresado a su país. Chava había recibido una foto suya, en la que el negro aparecía sobre un fondo de montañas, con barbas y una subametralladora entre las manos.

Y no había más. Esos eran los cuates de ayer. Buenos tiempos, cómo no. Y el pobre Reynaldo. Salvador Rentería se acurrucó contra el muro. ¡Qué cosa más rara el destino de las gentes! Se envolvió en el sarape. Cada uno por su lado, y él uno más, entre los maestros huelguistas que acampaban en el patio de la Secretaría de Educación. El guitarrista ya no tocaba. Un viento ligero levantó las cenizas de la fogata. Una aurora vercosa.

Carlos Fuentes

(Capítulo de la novela *La patria de nadie*,
de próxima publicación)

Soledad, Cruel Estación

¿Qué haré para que mi amor
no sea una sombra dolorosa?
¿Qué haré para no ser un muchacho dormido
que se duele del dulcísimo amor?
¿Qué haré para no ser mi sombra,
para no oír mi voz confiando su canción
al oído de la tierra?
¡Oh soledad, ruptura con el dios, sola conmigo!
En la hierba tendido, te escucho: soy tu amigo,
el más pobre, condenado a ser poeta.
Juega con el trébol la luz y en el árbol
tumulto de pájaros ebrios danzantes.
En la hierba te escucho
cada vez más cercana: soy tu amigo.
Yo nada puedo, te traigo de la mano, dulce sombra.
Mis amigos están lejos, mis muertos andan solos,
no reconocían el olor de mi sangre.
Tú puedes elegir y estás conmigo ahora.
Nada que yo recuerde sería hospitalario.
Qué puedo yo. Soñar otras imágenes:
una ciudad;
recuerdo una ciudad, ruinas
sus molduras, sus hábitos, sus días:
plagas y muerte.
Nada que yo recuerde sería acogedor.
Nadie en casa conversa
de las edades de la tierra, del desamparo
de los hombres, de la desgracia, de los desastres,
de las injusticias que sentencian a miles de criaturas
al hambre, al frío, a la locura.
¿Qué haré para no ser mi amor
fólido, para que no sea mi sangre la cólera dormida?
¡Oh soledad, cruel estación!
Ciudad, puño del tiempo, cópula de la muerte.
Lejanía, fábula fugitiva del río.
Queda la sangre, grito, forma de una salvaje fuerza,
árbol y estrella, sangre, cuerpo de la verdad.
No es para ti, mujer menguada, loba, el olor de mi sangre.
No es para ti el amor que padezco
aunque te haya traído conmigo a estas arenas,
nafragio de oro, corona de las aguas, donde lavar mis pies
y proseguir errante, silencioso.
Todavía me retienen tus manos, te escucho: soy tu amigo.
Eres la sombra dolorosa de mi amor, seré por ti
el poeta.

Pablo Armando Fernández

El Forastero

He buscado mi casa esta noche.
He doblado la esquina y mirado el mismo farol.
La llave golpea en mi bolsillo.
¿Pero está aquí mi casa?
¿Es esta la cerradura en que colocaré la llave?
Estoy buscando mi casa en la noche.
El tiempo corre de prisa.
Hay una claridad sobre los tejados distantes.
Pero mi casa ha desaparecido
y me he quedado solo en la calle.

1959

Requiem

Mi hermana y yo sabemos la noticia:
estás tendido en la estación del ferrocarril,
para siempre tendido, mirándote los pies.
Hacia cincuenta años que caminabas por esas calles hasta el final del día,
cincuenta años que veías el crepúsculo,
que te afeitabas todas las mañanas,
cincuenta años viendo tu cara en el espejo del baño,
cincuenta años que hacías el amor.
Yo nací de uno de esos éxtasis,
o de esos hastíos
que dejan colgar las manos al borde de la cama.
Cincuenta años que nadie podrá borrar,
y sin embargo,
algo se aniquila en esos años
algo está por perderse en ellos. . .
Ya estás tendido, para siempre tendido,
El viajante descansa en su ataúd gris
y sueña un mundo diferente.
Nadie podrá arrebatarlo de ese mundo.
Tus párpados lo engendran con su calma.
La tierra te espera como una casa inmóvil.
Tus uñas están creciendo.
Tendrás una gran barba que el viento no podrá agitar.
Es inútil que ahora vayamos,
Es tan inútil como levantar mi mano
intentando retener el instante que amé.
Todo se precipita como una sucesión de imágenes
y cada una muere en su momento.
Es inútil, lo sabemos tú y yo, hermana mía.
Ya no es posible acompañarle a ningún sitio.
Nadie volverá a encontrarle aunque lo espere.
Su libro de cuentas ha quedado abierto sobre la mesa
y la cita que tenía no la puede cumplir.
Han venido a soplar tu rostro,
juntan todas las muertes.
La cita que tenías no la puedes cumplir.
Tu libro abierto sobre la mesa.
Te señalarán tus nietos en el álbum de fotos.
La luz de los cirios crea el último sol.

Anton Arrufat, 1956

Encuentro con la Juventud Española actual

—Nací en el año treinta y ocho, treinta y ocho, treinta y ocho. Nací en el treinta y ocho, soy catalán, estudio, escribo poemas que a veces la censura me impide publicar; deseo ser libre y no puedo porque nací en el treinta y ocho cuando el desastre venía sobre todos nosotros; estudio pero comprendo que esto no conduce a nada, admiro a Neruda y también a Eliot; Lope de Vega es el más grande de nuestros escritores contemporáneos pues nadie ha estado tan cerca del pueblo como él y yo creo que la literatura de hoy tiene que ser fundamentalmente social. Mis padres eran republicanos pero se han callado la boca, aquí no se puede hablar libremente, sólo entre amigos o de momento así como ahora, pero la gente no hace caso, yo quiero irme del país pero nací en el treinta y ocho y me quedo con mi miedo y mi deseo de libertad.

Quién es ese joven que repite con estridente acento el año de su nacimiento y qué importancia puede tener el hecho de haber nacido en el año treinta y ocho. Ya lo hemos oído, se llama Miguel y efectivamente es catalán pero también podría llamarse José María o Juan Carmen y no ser catalán sino castellano o de Valencia o tal vez ser del país vasco... ¿por qué? Pues porque ya no importa que los padres hayan sido o no republicanos, ni de tal o más cual región. ahora todos estos jóvenes están actuando y pensando de cierta manera. A Miguel se acercan otros amigos que nos cuentan:

—Yo nací en Madrid y estudio Letras y Medicina. mi padre trabaja en un ultramarino (tienda de víveres) y peleó en la zona republicana, pero en realidad era un reaccionario que luego se pasó a los nacionales, a pesar de eso tuvo que guardar prisión. Mi padre no quiere aceptar que se equivocó al creer en Franco, y claro, él no me comprende; yo sé que esta opresión es insostenible, pero la padecemos desde hace veinte años, desde que nací yo precisamente; en España no se puede estar deseando irme a Alemania pero antes hay que hacer algo. No sé qué. Algunos falangistas quisieron linchar a los estudiantes cubanos cuando el incidente Castro-Lojendio, pero entre varios compañeros impedimos tal atrocidad, ahora todos están convencidos de que Fidel Castro tenía la razón... Yo fui católico pero ya no creo, todo eso de la religión es mentira. Creo sin embargo en un misticismo español que renace

independientemente de las formas tradicionales de la religión y que se muestra principalmente en la poesía. Yo doy clases para poder estudiar, y algún día, algún día...

—Tengo que irme porque estoy seguro de terminar en la cárcel, ¿qué otra cosa? Cómo se ha podido soportar esta asfixia. Dejé de estudiar...

Por otra parte, era grotesco estudiar Ciencias Políticas y Económicas en España. ¿No cree? En España donde no existe ni una cosa ni la otra.

—Somos pobres, pero ha visto usted las cuentas bancarias de los jefes del gobierno, todos guardan su dinero en Suiza y el pueblo que se vaya a hacer puñetas. Tengo deseos de irme a Cuba, allí mi vida tendría un sentido, aquí han roto todas las posibilidades. Paso hambre pero no quiero traicionarme. El otro día sí que fue bueno, Alfredo Mañas, un autor joven bastante serio, terminó la presentación de "Águila de Blasón" diciendo que dada la situación del teatro español en manos de Calvo Sotelo, Pemán, Luca de Tena y similares, sólo cabía exclamar como Valle Inclán lo hace por boca de su personaje Montenegro: —¡Que me quiten de delante a esos hijos de puta! Apaludí mucho pensando que eso también convenía decirlo a los actuales gobernantes de España. Algunos amigos me prestan libros, aquí todo es caro para nosotros, he trabajado de camarero pero me dejaron fuera, los patronos siempre explotan a los obreros y cada vez hay más parados. "Sinvergüenzas".

—Me cuesta trabajo comprender la época en que me ha tocado vivir, siempre había creído en lo beneficioso del gobierno de Franco y que la guerra había sido una verdadera cruzada liberadora, que nuestro país había estado realmente amenazado por el caos y el comunismo y que la intervención militar tenía la justificación histórica de rescatar a la patria de manos de potencias extranjeras. Quizá la cosa venía de que mi padre, que es profesor y católico, luchó de buena fe con los ejércitos de Franco y nos ha querido hacer ver que el orden sólo se podía concebir en esta forma de vida; pero lo cierto es que ahora me doy cuenta del error tremendo de nuestra formación y de que no podemos seguir como estamos. quiero hacer algo, no importa que mis padres se hayan equivocado, ellos no

comprendieron la verdadera dimensión de España; yo sé que sospechan mis cambios de pensamientos y averiguan qué influencias estoy sufriendo... pero siendo español no puedo permanecer tranquilo. Antes actuaba como un señorito, despreciaba a todos, pero ahora he cambiado de manera de ser, todavía hay muchos que son como yo era antes, no se preocupan por nada ni por nadie, son los niños-peras que hablan tonterías y se preparan para ser militares o diplomáticos de la lengua. Otros, que al parecer piensan, lo que desean solamente es ser conocidos y asegurarse la vida con una cátedra o una notaría o algo por el estilo. Los hay también que aspiran a entrar en la categoría de "filósofos profesionales" o en el escalafón de pintores o poetas oficiales... Recuerdo que el homenaje a Antonio Machado en Segovia, se convirtió en una "romería intelectual" porque muchos no comprendieron el verdadero sentido y la trascendencia del acto y sólo aspiraban a verse cerca de los llamados maestros actuales. ¡Cómo si alguno pudiera siquiera agacharse al lado de D. Antonio!

—Soy católico militante y mi padre es militar, pero esto no significa que no pueda decidirme ni pensar seriamente sobre el problema español. Nuestra historia contemporánea está plagada de errores y es casi desconocida por nosotros como resultado de una instrucción política sectaria e impartida por elementos interesados en mantener la falsedad y la confusión. Sólo el conocimiento exacto de nuestros hechos podrá llevarnos a la solución de nuestras dificultades. Creo en la separación absoluta de la Iglesia y el Estado, esto es algo que a mi juicio conviene recordar muy bien en una futura reorganización de España, y también en la desaparición del predominio militarista. Insistiendo en la cultura la nación puede llegar a una posición internacional digna. Como pueblo, pienso yo, estamos más cerca de América que el resto de Europa. Esto puede parecer una extravagancia pero las características nuestras son más americanas que europeas, tal vez por razones raciales, no en balde en América predomina el mestizaje a base de españoles. Soy licenciado en Historia y en la Universidad fui considerado sospechoso de comunismo siendo como soy un verdadero católico. Paradójico ¿verdad? Así es España.

—Nací en Francia donde mis padres estaban exiliados, mis hermanos mayores habían ido naciendo en Madrid, Valencia y Barcelona respectivamente según la capital de la República Española iba desplazándose para resistir el ataque de los fascistas; a los pocos años pude venir a España en donde he permanecido hasta hoy. Desconfío de las generaciones anteriores, hay ejemplos sospechosos: Buero Vallejo en su última obra "Un soñador para un pueblo" le hace el juego al go-

bierno de Franco ¡y los jóvenes que esperábamos tanto de él! Pérez de Ayala escribe artículos para el ABC y otros, bueno para qué seguir... He estado preso por razones políticas, actividades subversivas y supuesto comunismo; el futuro se presenta confuso pero algo habrá para resolverlo. No concibo ningún problema separado de España; sin embargo creo que España debe estar abierta al mundo; dicen que durante la República era así, pero ahora se trata de demostrar una superioridad falsa por medio de una competencia desleal. Nuestra formación cultural es absurda y nuestros ídolos tienen los pies de barro. En España hay que remontarse demasiado atrás, para mí a la época de los comuneros, que es cuando existe verdaderamente una vida a plenitud, y entonces dar un salto en la historia para llegar al momento actual; esto sería tan audaz que no sé cuántos lo aceptarían; por lo menos es un hecho la decadencia que arrastramos desde Felipe II, gran traidor a la verdadera causa española, hasta nuestros días.

Estudio y me dedico a las artes plásticas pero no hay dónde mirar. La dictadura nos mantiene atrasados tal vez para que no pensemos, por eso patrocinan el fútbol; así el pueblo está ocupado en otra cosa.

Contrariamente a lo que se afirma en la mayoría de las películas, los personajes que aquí han sido expuestos si existen y su parecido con personas vivas no es pura coincidencia; corresponden a una realidad española, son los jóvenes de las últimas generaciones, nacidos durante la guerra civil o muy cerca de ella, y que ahora llegan a la plena juventud en una patria oprimida y mancillada por una tiranía que se mantiene a base de la fuerza y el engaño.

La única ficción existente es la labor de síntesis hecha por el que escribe para presentar lo más brevemente posible un panorama de opiniones de la actual juventud española.

Después de sus palabras es posible que no haga falta ninguna explicación, pero nosotros queremos decir también algunas cosas que quizá ellos no dijeron y otras que pueden servir para unir los datos que anteriormente fueron expuestos.

Como se ha podido ver "la protesta" es una de las características de esta generación a la que podríamos llamar con el tan manido título de no-conformismo si a éste lo despojamos de toda la carga de irresponsabilidad y cosa gratuita que generalmente tiene, características que la hace entroncar directamente con la tradición española, por otra parte perfectamente localizable en Hispano-América, de rebelarse y protestar contra la opresión.

Pero he aquí que si la protesta es una cualidad fundamental y tradicional española, tendremos que dudar de su eficacia ya que en ese país se ha venido soportando la opresión durante más de veinte años. Pero para comprender la falacia de lo dicho anteriormente debemos tener en cuenta algunos detalles que conducen a la aceptación de la efectividad de la protesta precisamente en las generaciones actuales. Uno de ellos es el hecho de que la guerra civil fuera ganada por los fascistas a costa de un millón de muertos. Por otra parte el pueblo, que siempre intuye la verdad, sospecha que la intervención militar en vez de resolver el supuesto problema español de la década del treinta traería una situación peor, sospecha que comprobó con los años, haciéndole sentir la lucha armada como una actividad inútil que conlleva el triunfo de los elementos perjudiciales y que arroja como saldo una gran cantidad de muertos, mutilados, hambrientos, etc., que sólo es sufrido por el propio pueblo.

Otro detalle importante lo constituye el hecho de que algunos países falsamente llamados democráticos, como E.U.A., prestaron toda su ayuda interesada al mantenimiento de la dictadura. También la vigilancia y represión de cualquier actividad en contra del régimen que se ha mantenido durante todos estos años, el exilio de los principales elementos republicanos, la traición de otros que quedaron en el país, y el adoctrinamiento sistemático, tanto político como religioso, constituyen factores a tomar en cuenta en el aparente conformismo que las generaciones actuales no están dispuestas a mantener.

Porque para éstas es posible el triunfo de la verdad y la justicia aunque en un principio las fuerzas de lucha sean minoritarias —el ejemplo de Cuba es convincente— ya que luego el pueblo entero preparado y guiado convenientemente respaldará todo tipo de movimiento verdaderamente justiciero.

También encontramos que esta generación, creemos nosotros, ha comprendido que el proceso histórico que abarca la guerra civil y la dictadura subsiguiente no ha terminado, y que la única justificación que puede tener el tan llevado y traído millón de muertos es la erradicación definitiva de la tiranía y la instauración de un gobierno de tipo democrático-popular que permita la vida en todas sus manifestaciones tanto colectivas como individuales.

Todo esto las convierte en "generaciones efec-

tivas" que verdaderamente están trabajando en puntos diversos del país para lograr muy pronto la libertad que tanto necesita su patria... pero, agregamos nosotros, esta lucha tiene necesariamente que integrarse y adoptar una consigna y finalidad única que es lo que parece no haber todavía en la Península.

La lentitud de este movimiento tiene muchas causas, algunas se desprenden de lo que ya hemos dicho; pero hay también que señalar que las causas actuando entre sí tienen la propiedad de originar nuevas situaciones causales, por ejemplo: los acontecimientos citados influyen de tal forma en los españoles que éstos tuvieron la necesidad de pensar que la finalidad de la vida era estar tranquilos, no meterse en nada, pues en España no había en realidad nada que hacer; los españoles miraban con cierta envidia las actividades revolucionarias de sus hermanos de hispanoamérica casi sin comprender que la fuerza de sus protestas se igualaban con el vigor que antaño habían ellos mostrado. A los españoles les tomó tiempo, y todavía no lo han logrado totalmente, comprender que ellos también pueden crearse su forma de vida.

Esta protesta efectiva de los españoles de hoy irá tomando auge hasta conmover a todos sus compatriotas y lograr la salvación del país, salvación que será obtenida por ellos mismos ya que aunque nuestros pueblos necesitan guías, éstos surgen de los propios núcleos liberadores: así los jóvenes españoles tienen que comprender de una vez y para siempre que los futuros dirigentes saldrán de ellos mismos, de sus universidades, de sus centros laborales, etc., pero nunca de castas políticas, militares o clericales viciadas de antemano.

Cuando los jóvenes hacen suya la frase de Valle Inclán antes citada, aceptan que escritores como Buero Vallejo y Cia., los han traicionado y que los Aranguren, Marías, Ridruejo y otros constituyen falsos maestros, entonces esos jóvenes tienen que recurrir a la verdad que está por un lado en ellos mismos y por otro en sus verdaderos ejemplos anteriores como Lope, Cervantes, Quevedo, Machado y tantos más.

Para ellos, vaya la palabra de aliento y la promesa formal de estar a su lado en el momento de la lucha, palabra y promesa que será también la de todos los hombres libres del mundo.

César López

Como yo lo ví

DESPUES DE MUCHO ANDAR

Se pasó la mano por la frente, la erupción no se detenía, los párpados tomaban un color violeta, signo de que dentro de poco allí también la piel podrida se desprendería... En otras partes del cuello ocurría lo mismo, le era difícil tragar, lo hacía con gran esfuerzo, provocando que sus molares arrojasen el pus que contenían, dándole a la boca un raro sabor. Perdía la visión. Percibía el volumen de los cuerpos, pero no sus rasgos característicos, le era lo mismo un armario que un hombre, ambos le parecían del mismo tamaño, y cuando las puertas se abrían bruscamente, sentía que iba a ser abrazado por alguien de mayor estatura.

Se sentó en la cama, en frente suyo debería de estar la ventana, por donde entraba el sol y la luz. Fuera, miles de personas irían a sus tareas habituales, caminando por el mercado, con los alimentos bajo el brazo, jugando, conversando...

Estaba triste, lloroso, apretó fuertemente los bordes de la cama y se levantó. Avanzó hacia la ventana, su propósito era lanzarse al vacío, pero ya cuando su cuerpo se balanceaba junto a la ventana, la conciencia le remordió, era dudar de la bondad de Dios realizar ese acto desesperado.

No hacía mucho, algunas semanas, era un hombre joven, dispuesto, con oportunidades, siempre provisto de compañía agradable los fines de semana. Era un príncipe. Sucedería a su padre, el monarca.

Un día llegó al reino la noticia de la Bella Durmiente. Sintió en su corazón el deseo de la aventura y partió en dirección al horizonte. Quince días con sus noches cabalgó sin cesar hasta llegar al castillo azul, se abrió paso a golpes de sable entre las ruinas, su armadura de hierro lo salvó de la herida mortal de las flechas envenenadas y de los alfileres encantados, y después de mucho esforzarse, cubierto de sudor, se encontró frente a un largo pasadizo de piedra.

Al final del pasadizo, en un lecho suntuoso estaba la Bella Durmiente. Se acercó a la princesa que llevaba años víctima de un victimario y la besó en los labios. Nada sucedió, extrañado la volvió a besar. La bella mujer permaneció imperturbable en su lecho de pieles de zorro y excrementos. Volvió hacia el pueblo, sorprendido del extraño fin de la aventura, y esa misma noche notó la aparición de la enfermedad en sus labios.

A MI ESPALDA

... Ese hombre me está siguiendo, se bajó de la guagua conmigo, entró al Tencent. Es el mismo; traje negro, camisa blanca y espejuelos calobares. Tienes aspecto de los que se paran en las esquinas y pasan la tarde sin hacer nada, metiéndose con las mujeres y tomando cerveza. Pero no, cómo voy a creerlo, no tiene sentido, es la casualidad. ¿Puedo ser yo el único que compra postales de Navidad? Esa costumbre americana se ha generalizado mucho en Cuba, en tiempos de nuestros abuelos no se facilitaba. Los americanos nos contagiaron sus costumbres, llegaremos a conversar, pensar y hablar en inglés (qué aspecto tendría entonces La Habana). Se volverá un caracol deshojado, abandonado en medio de la acera, o un objeto cualquiera de burla.

... Y si me está siguiendo, ¿por qué lo hace? Contraespionaje, como en los muñequitos o en las películas. Mi vida es normal, no tengo enemigos, no engaño a nadie. No soy más que un empleado, o mejor dicho un funcionario,

tengo una jefatura, en Correos. Gano 400 pesos, me alcanza el dinero, me sobra, ahorro, compraré una casita. Ahora hay buena urbanización en la Habana del Este. Después que salga del Tencent pasaré por una oficina de corredores, me gustaría una casa con closets, baño en colores y mucho césped. El verde alegra la vida. Leí un artículo sobre la importancia de los colores.

Si me sigue debe de estar loco, sus intenciones pudieran ser malas. Puede tener un gran cuchillo en el bolsillo, esperando la ocasión para hundírmelo en la espalda, de un gran tajo, rompiéndome el traje éste, el mejor que tengo, perforando la camisa, abriéndose paso por la piel, quebrando algún hueso, hasta llegar a mi corazón caliente que se abriría como una bóveda de cristal violentada, que estalla, y borbotones de sangre roja mancharían el piso, las estampas de Navidad y las imágenes del niño Jesús, y las mujeres entre gritos histéricos me mirarían mientras él huiría corriendo, después de estar yo muerto.

Y todo lo pienso porque alguien se baja de una guagua y compra postales como yo. El pudiera pensar lo mismo, tendría idénticos motivos. Es absurdo, estoy neurótico, ¿me hará falta casarme? Me tranquilizaría si llegara un día en que no me pueda volver de espaldas, anderé siempre sigilosamente, temiendo a mis vecinos, temblando. Seré un caso psiquiátrico. ¡Qué absurdo!

¡Aaay!... El cuchillo.

UN DIA DE BODAS (CONTRA EL WEEDING DAY) O UNIDOS PARA SIEMPRE

¡Cuánta alegría! El sitio estaba repleto de flores, las rosas, las dalias, se disponían artísticamente a lo largo del corredor de entrada a la notaría. Un chofer vestido de blanco, con un gran sombrero recibía en la misma puerta, haciendo grandes genuflexiones — dando hasta besos en las manos — a los hombres y las mujeres. Los automóviles no cesaban de detenerse, y como por magia se abrían rápidamente, bajando las señoras que agarraban sus abrigos, rápidamente, y los caballeros arreglándose los nudos de las corbatas.

Era un día bello, de los que dan deseos de tenderse en la yerba a contemplar el cielo, con el alma en paz, el rostro recibiendo la brisa de la mañana, escuchando el sonido del agua fresca, tranquila, suave, deslizándose sin prisa como un hilo brillante sobre el césped.

Se arreglaba la novia, se miraba en el espejo acariciándose la cabeza. ¿Tendría suficiente polvo en el rostro? ¿Los pliegues caían bien? Iba vestida con un traje morado y una flor en el talle, una flor enorme, con pétalos gigantescos, parecidos a los brazos de un pulpo de las profundidades. Usaba también espejuelos, de montaduras de plata, que se sostenían en la misma forma que los monóculos. Los zapatos eran negros, de charol. No llevaba cartera, pero sí un sombrerito que era una pequeña tira de piel sobre el cabello.

La boda tendría lugar en el salón central de la notaría. Era una notaría típica de la Habana Vieja, distinta a las que se encuentran en la zona de la Rampa o por el mismo Vedado. El bufete estaba a nombre del Dr. Orriuuuubabibboocorriiira, y era una herencia de tiempos inmemoriales. El bisabuelo del actual propietario había sido un capitán de voluntarios, el abuelo participó en la ceremonia de izar la bandera el dos de mayo en La Habana, y el padre tuvo que salir huyendo de Cuba, por Machadista.

La notaría tenía un sólido prestigio, fundado, garantizado, majestuoso. Esos motivos hicieron que José y Josefa, los novios, la escogieran para desposarse...

Los invitados se habían ido situando a lo largo del pasillo de entrada. Las mujeres ocupaban los asientos y los hombres, galantemente, de pie, esperaban el inicio de la ceremonia.

La novia se demoraba. En una esquina, una mujer con un abanico de adornos de playa, se echaba fresco. El abanico giraba en un ángulo mayor

de noventa grados, inclinándose bruscamente en dirección al suelo, para alzarse con un gesto vigoroso, trayendo consigo una poderosa corriente de aire. A su lado, una niña de vestido verde y collar negro se recostaba medio adormecida. Varios hombres hacían bromas, y algún que otro chiste subido de tono, uno de ellos se llevaba la mano al estómago como víctima de un súbito dolor, mostrando su risa; otro ruborizado, sonreía ocultándose.

De súbito apareció el notario, sonriente y con una carpeta bajo el brazo, caminando con paso seguro, como si esa ceremonia fuera nueva para él. El novio y la novia ocupaban sus asientos. Los fotógrafos cumplían su tarea, buscaban los ángulos más interesantes, acercaban las cámaras a los rostros de los futuros esposos pidiéndoles no mirasen nunca de frente hacia el lente. Una risa nerviosa se extendía en la sala, la madre de la novia, colorada se pavoneaba, y los compañeros de trabajo del novio le daban palmaditas en la espalda. Los otros familiares satisfechos contemplaban la escena.

El notario leyó el acta. "En la ciudad de La Habana, tal día, tal fecha, tal hora, con tal papel, con tal encabezamiento, cumplidos los trámites y los requisitos morales, yo gran notario, personaje maravilloso, en vías de extinción, doy fe en este acto, en un día grandioso, de nubes hermosas, como la que señala mi dedo índice y habiéndose cumplido la fórmula de rigor, según la costumbre, los procedo, en medio de las risas de los presentes, a ustedes, José y Josefa, a declararlos marido y mujer, conforme y conforme".

Los novios habían respondido en medio de risas entrecortadas, llegado el momento procedieron a firmar.

El utilizó su pie derecho, lo extrajo debajo de la mesa, por suerte se había desabotonado el zapato con tiempo y la media no tenía ningún agujero. Con la novia no ocurrió lo mismo, un amigo tuvo que hacer el favor de sacarle el zapato del pie para que pudiera firmar.

Después de la firma se dieron el beso de casados. Y los dos que no tenían brazos, unidos los rostros amorosamente, manteniendo un delicado equilibrio, aparentemente sin punto de apoyo, se levantaron y corrieron hacia el automóvil que los llevaría en luna de miel, en medio de las risas y exclamaciones de alborozo de los que presenciaron la ceremonia.

KILOMETROS, KILOMETROS, KILOMETROS

Pasaban los 200 kilómetros, aumentaban los gritos del público. Una mujer daba saltos, y un hombre excitado arrojaba contra el suelo el programa de las carreras. Entran en una curva, y los automóviles no disminuyen la velocidad. En primer lugar va el número uno, después el dos, el tres, el cuatro, hasta el número 28.

El conductor aprieta el timón. El aire en la cara lo reanima, poniéndole de buen humor. El premio es de cien pesos. En la curva agarra con fuerza el volante y sonríe. Es un gran chofer, un posible ganador.

Si triunfa es la fama y el dinero, el dinero y la fama. En el público una mujer gruesa, con anteojos, se abanica y suda sin cesar. A sus pies se ha formado un charco de grasa derretida.

Pisa fuertemente el acelerador, y súbitamente comprende que ha perdido el control del carro, las gomas giran libremente, y ante sus ojos, como en una película, desfilan dos imágenes. Una la del público loco, entusiasmado, gritando, y la otra un muro de cemento.

El muro es de concreto, el público no.

Piensa, reflexiona en una fracción de segundos, y... orienta su auto ruidoso hasta que frena en un desbarajuste de fémures, omoplatos, falangitas y pectorales.

Sale del automóvil.

Fausto Masó

Notas y Reportajes

un testimonio del primero de mayo

El treinta de abril fuimos a La Cabaña para recibir instrucciones con motivo del desfile del Primero de Mayo. Nuestra milicia está integrada por los obreros y empleados del taller de Revolución y por los escritores que se agrupan junto a Lunex. Ahora bien, como nuestros hombres no llegan a componer un batallón, nos fusionamos con la milicia de los Portuarios. Después de una práctica intensiva de dos horas y tras haber aprendido ese movimiento de flanco que consiste en cerrar filas, nuestro instructor, el cabo Germán nos notificó que deberíamos estar al día siguiente a las seis de la mañana en el tramo de Malecón que da a la Embajada de Estados Unidos.

Salí de Guanabo a las cinco y media. Al desembocar por el túnel y enfilar Malecón vi esta avenida totalmente colmada por distintas milicias tanto obreras como campesinas. Esto me trajo a la mente los desfiles escolares de mi infancia: siempre que tenía lugar uno de dichos desfiles, mi madre, por así decir, se incrustaba en nuestro grupo llevando una sillita plegable y un cartucho con vituallas. En cada parada ella se encargaba de sentarme en la sillita y me atiborraba de comida. Ahora mi madre está en el cementerio, ya hace rato que dejé la infancia y por fin tenemos algo que conservar y defender. Es por eso que los escritores (no todos, por desgracia) dijimos Presente en el desfile del día Primero de Mayo. ¡Cuántas burlas hemos soportado, cuántas directas e indirectas sobre la tan llevada y traída irresponsabilidad del escritor! Y como no hay peor cuña que la del mismo palo, estas pullas, estos escepticismos nos llegaban de parte de la misma gente del oficio. Ahora hemos dado un rotundo mentís a tales infundios. Con objeto de que se saque el hilo por el ovillo doy a continuación los nombres de aquellas que desfilaron en la ocasión: Fayad Jamis, Oscar Hurtado, Juan Areocha, Calvert Casey, Natalio Galán, Guillermo Cabrera Infante, Humberto Arenal, Raúl Martínez, Fausto Masó, Alberto Robaina, José A. Baragaño, Pedro de Orúa, Charles Menchero, César Leante, Pablo Armando Fernández, Rafael Mirabal, Sabá Cabrera, Matías Montes Huidobro, René Depentre, Antonio Vidal, Carmelo, Norah Badía, Gaspar de Santalices, Natividad González Freire, Antón Arrufat, Ivette Hernández y Tomás Oliva.

Pero en las milicias los nombres no tienen importancia: ninguno de nosotros se encontraba en ella para posar de esto o de lo otro. Sería ridículo proferir: soy el escritor tal o el pintor más cual que ha venido a la milicia. Precisamente nos irritaba esa diferenciación de que se nos hacía objeto como si fuéramos habitantes de otro planeta.

Mientras esperábamos a nuestro instructor nos sentamos en el muro del Malecón. Desde allí vimos izar en la Embajada la bandera norteamericana. Como nosotros vieron la ceremonia miles de milicianos más. Algunos civiles nos miraron como esperando una manifestación de parte nuestra. Se equivocaban de medio a medio: como soldados sabemos perfectamente el código de honor entre soldados.

Algo que me tomó por sorpresa fué la adquisición, por parte de la tropa, de cantimploras y cuchillos. Esta previsión, que yo no tuve, dió espléndidos resultados. Sin embargo, me quedé perplejo ante los cuchillos. A los pocos minutos tuve la explicación. los usaban para destapar las botellas de refrescos.

Por fin, a las ocho, pudimos formar filas. Abrían la marcha tres milicianas —una como abanderada, dos como guardias de corps con fusil al hombro. Al mismo tiempo nos precedía la banda de música de la Academia Militar del Caribe. Esta banda, con su música, ya marcial ya popular, nos hizo más llevadera la jornada; al mismo tiempo contribuía eficazmente a conservar nuestro paso y a marchar con mayor apostura.

Entre las ocho de la mañana y las dos de la tarde nuestra marcha se vió interrumpida por los naturales avances y retrocesos propios a miles de contingentes que se desplazan hacia un punto determinado. Como es lógico empezamos a conjeturar: son las nueve de la mañana, si ahora está desfilando el Ejército Rebelde, si nosotros estamos situados casi a la cola del desfile, pasaremos por la Plaza Cívica, en el mejor de los casos, sobre las seis de la tarde. Alguien dijo que en la Alemania de Hitler se había calculado el desfile de un millón de soldados con tanta exactitud que en ningún momento las tropas dejaron de marchar. Otro dijo que desfiles como el nuestro (se lo calculaba en cien mil milicianos) no tenía precedentes; que, por ejemplo, los desfiles militares por el Arco de la Estrella o por la Plaza Roja nunca sobrepasaban los quince mil soldados. En ese momento una mujer nos dijo que estaban desfilando los venezolanos que se enfrentaron con la guerrilla de Castro León. Esto dió pábulo a nuevas conjeturas: si los venezolanos estaban desfilando a las nueve y media y, a su vez, ya habían desfilado los hombres del Ejército Rebelde, entonces nosotros lo haríamos no a las seis sino a las cuatro. Entretanto, las cantimploras circulaban de mano en mano, o mejor dicho, de boca en boca, pero con todo no daban abasto. De pronto una mujer se acercó a nuestro batallón con una botella de a litro llena de agua, botella que se vació y volvió a ser llenada. Hay que pensar que el sol rajaba las piedras, que nuestros gargüeros estaban secos y que, por sobre todo eso, cualquier motivo era bueno para matar el tiempo.

A las diez nuestro instructor, viendo que pasaba una media hora y que íbamos a seguir estacionados por mucho mayor tiempo (estábamos justamente en Tercera y D) dió la orden de ¡rompan filas! Y fué en ese momento que el pueblo prestó a las milicias una eficaz cooperación. Nunca entonces he visto a la gente más dispuesta: de un apartamento salió un team de aguadoras que, incansable y amablemente, ofrecían vasos de agua fría a los milicianos. Nos dijeron con justo orgullo que en ese edificio todos eran fidelistas; les hicimos bromas en el sentido de que muy bien pudiera vivir en uno de los apartamentos un contrarrevolucionario. Con gran aplomo nos respondieron que en ese caso "quedaría en la página dos" pues lo echarían a cajas destempladas.

Fué en dicha parada de casi tres cuartos horas que tuve conciencia, por primera vez, de ese verbo (propio de los ejércitos) tan gráfico que se llama "vivaquear": docenas de milicianos se dirigían a los bares cercanos en busca de vituallas; así podía verse en las manos de éstos los alimentos más disímiles; por ejemplo: una lata de perros calientes, un coco glaré, un quesito crema, una botella de refresco y un tabaco. Al mismo tiempo, los que estaban en trance de comer se echaban en el suelo o los que ya habían hecho "su almuerzo" se acostaban en los pasillos para echar una siestecita. Aquellos a los que las botas

les habían producido ampollas volvían de la farmacia provistos de curitas y apósitos para aliviar sus "heridas". De pronto alguien dijo que en Quinta y C estaban dando comida. En efecto en la casa de un familiar de Cabrera Infante habían improvisado, en el portal, una cocina, y a la verdad, el rancho era excelente. Allí la dueña de casa nos ofreció gentilmente bonito en aceite, sardinas, salchichas, perros calientes, conserva de guayaba y de naranja, pan y galletas. Y por supuesto, agua. Pero más que el almuerzo agradecíamos la cordialidad y por encima de ella flotaba, como imponderable inapreciable, el espíritu revolucionario: este desfile ha servido para poner de manifiesto que el pueblo que lo presenciaba está en carne y espíritu con la Revolución y con Fidel. Recordé viendo las manifestaciones de simpatía de nuestro pueblo, esas que en distintos períodos de la historia del mundo, otros pueblos han producido para animar el espíritu de sus soldados marchando hacia el frente de batalla. Y es que esos ingentes batallones de milicianos producían el mismo efecto. ¿No estamos en pie de guerra? ¿Y no estábamos acaso demostrando con este desfile a los batistianos, a los contrarrevolucionarios de toda laya que les haríamos frente hasta el sacrificio de la vida llegado el caso?

Por fin, sobre las dos de la tarde reanudamos la marcha. En vista de la hora y en vista de los atracones proporcionados tan generosamente por el pueblo, se imponía un trago de café. Pero el café había brillado por su ausencia. Fué en Paseo donde, en una breve parada, vimos a dos muchachos que lo vendían. Pronto dimos cuenta de sus termos, pero no bien lo habíamos tomado cuando alguien dijo que en los batallones que nos precedían dos o tres milicianos estaban envenenados. Nos pasamos el dato y la consigna tácita de no volver a tomar café. Pero a las pocas

cuadras nuevas vendedoras se nos acercaron. Volvimos a tomarlo, claro está sin consecuencias funestas. Esto me lleva a afirmar que ninguno de los vendedores ambulantes así como las familias que a nuestro paso nos ofrecían alimentos tenía nada que ver con batistianos defraudados, ni asesinos a sueldo. Como corroboración de lo que digo relataré un incidente. Casi llegando a Paseo sentimos a nuestras espaldas el cláxon de una máquina. Sus ocupantes eran un muchacho joven y su compañera. Esta iba abrazada al muchacho; y tocando continuamente el cláxon atravesaban nuestras filas mirándonos insolentemente. En mala hora lo hicieron: el pueblo empezó a silbarlos, a amenazar con volcar el automóvil y a dar grandes gritos de ¡Perdón, Perdón! Por fin, cuando bajo una lluvia de silbidos e insultos llegaron a la esquina, un policía los llamó a capitular y les impuso una multa.

Ya en Paseo la marcha se normalizó. Ahora la banda tocaba una y otra vez el himno del 25 de Julio, o sencillamente el redoblante nos marcaba el paso, lo cual nos hacía desfilar con evidente marcialidad. Después de dos o tres paradas de corta duración desembocamos en la Plaza Cívica, fea a matarse pero embellecida en esos momentos con la presencia del pueblo, de los soldados y marinos del Ejército Rebelde y con las milicias obreras y campesinas. Entonces, bajo un trueno de aplausos pasamos frente a la tribuna donde estaba Fidel y el gobierno Revolucionario. Eran las tres y cuarto de la tarde. A las cuatro y media, después de una suelta de palomas, nos dispusimos a escuchar la palabra de Fidel, que terminó, como era de presumir, con el juramento de todos allí reunidos, esto es: Patria o Muerte.

Virgilio Piñera

Tres Notas Sudamericanas

¿qué pasa en bolivia?

Hay un país olvidado y una revolución olvidada. Este es el caso del país del Altiplano. Recordemos que el 9 de abril de 1952 una insurrección militar dirigida por el general Selemé se convirtió en una revolución popular, debido a la participación de obreros, estudiantes y pueblo en general que destruyeron al Ejército mmsacrador al servicio de la oligarquía nativa, que los bolivianos denominan como "la rosca", debido a su composición especial: formada por los barones del estaño, terratenientes y algunos sirvientes a su servicio.

En muy apretada síntesis digamos que el partido que controló el poder después del triunfo popular fué el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) partido centrista, con un programa confuso pero que supo alinearse rápidamente, respondiendo a las demandas populares, ante la nueva situación. Es que la

victoria creó lo que los bolivianos denominaron como la "dualidad de poderes", es decir: el poder del partido gobernante y el de la Central Obrera, que se perreó el armamento obtenido del Ejército destruido. Debido al impulso dado por esta combativa central obrera se obtuvieron reformas sociales, económicas y políticas de extraordinario valor para el país. En efecto: se nacionalizaron las minas de estaño, antes en poder de "los barones" del estaño, Patiño, Hotschild y Aramayo; se dio una ley de reforma agraria que tendía a legalizar la apropiación de la tierra obtenida de los terratenientes, por los campesinos, que antes vivían en estado de franca servidumbre; se estableció el control del comercio exterior e interior; el parlamento se eligió sobre bases paritarias entre los delegados obreros y los miembros del partido gobernante; se creó el veto obrero sobre

la producción; se democratizó la enseñanza; se reformó la ley electoral con participación de los analfabetos que de esta forma obtuvieron su derecho a participar en la vida política de la nación. En fin: una serie de medidas que sentaron las bases de un nuevo Estado con un extraordinario impulso revolucionario, que modificaba las antiguas estructuras reaccionarias para dar paso a una etapa de transición de extraordinario contenido.

En la curva de ascenso revolucionario fue el Dr. Víctor Paz Estenssoro el líder principal de todo el proceso, asumiendo la presidencia de la República. En 1956 se realizaron elecciones siendo electo la segunda figura del MNR, el Dr. Siles Zuazo, de tendencias más moderadas. En la actualidad se está viviendo en pleno proceso electoral, enfrentadas las candidaturas de Paz Estenssoro, que postula nuevamente, el disidente Guevara Arce y otras candidaturas de la derecha política.

Ahora sólo destacaremos un hecho importante, en su momento la revolución boliviana fue la más avanzada y profunda de las revoluciones latinoamericanas. Esta revolución se ha detenido peligrosamente y atraviesa por una serie de crisis profundas que pueden terminar con la misma. Así: la mayoría de los planes trazados para desarrollar la economía del país no han podido cumplirse, se ha caído en dependencia de los Estados Unidos que contribuye a balancear los déficit de la balanza de pagos; el standard de vida de los trabajadores no ha podido ser elevado,

la encrucijada política peruana

Perú será un país clave en la difícil y contradictoria situación política sudamericana. En efecto: las perspectivas de la región aparentemente no parecen favorables. En Brasil, se disputarán la silla presidencial, Janio Quadros, como aglutinador de las fuerzas centro-derechistas del país, a través de un programa ecléctico y confuso y el mariscal Teixeira Lott, candidato oficialista y que cuenta con la adhesión de las fuerzas armadas, el partido comunista y el laborista; es decir, con mayores probabilidades de obtener el triunfo electoral. Pero nadie puede garantizar que esta victoria represente, realmente, una salida progresista y anti-imperialista a los problemas del gran país brasileño. En Argentina, las fuerzas armadas —“gorilas” y “neo-gorilas”— tienen sometido al presidente Frondizi, que se muestra incapaz de romper estas ataduras y despliegan en estos momentos una terrible ofensiva reaccionaria contra los partidos de izquierda y contra los sindicatos organizados. A su vez, la entrega del país al Fondo Monetario Internacional y a la política antipopular y antinacional que éste impone, indican que es todavía arduo el camino de lucha que tendrán que recorrer las masas populares para librarse revolucionariamente de tan nefastos opresores. En Chile gobierna activamente el presidente Alessandri mediante un plan de gobierno de neto corte conservador. En Paraguay está Stroessner. En Colombia,

etc. Pero los obreros y campesinos están armados en milicias, así como el partido gobernante. En el proceso que se vive las tendencias se orientan de la manera siguiente: el partido gobernante se ha escindido bajo la dirección de Walter Guevara Arce; las fuerzas reaccionarias del país representadas políticamente por los partidos Falange Socialista (de extrema derecha) y el sector conservador liberal, Unión Republicana Socialista, se aprestan a dar la batalla decisiva, siempre en el plano del golpe armado. Estos sectores pueden colucidir en intereses con la derecha escindida del MNR. Por otro lado la izquierda del MNR, representada por el equipo que controla el dirigente minero Juan Lechín, apoya electoralmente al candidato Paz Estenssoro, que mantiene una posición expectante en su partido.

Todo indica que triunfará la candidatura Paz Estenssoro en el próximo proceso electoral. Es decir, la línea centro-izquierdista. Pero dadas las enormes tensiones sociales y políticas del país, es de esperar no sólo un proceso electoral de ribetes tumultuosos sino la posibilidad no descartada de intentos golpistas. En todo caso los próximos meses dirán qué posibilidades y qué planes desarrollará el candidato victorioso para permitir que tan extraordinario experimento revolucionario pueda reanudar su marcha. El dilema para Bolivia es dramático: o encuentra el camino del ascenso revolucionario o naufraga inevitablemente en la contrarrevolución.

la muy falsa democracia de Lleras Camargo y sus amigos los “laureanistas” (los que siguen al ex-presidente Laureano Gómez). En Venezuela, Rómulo Betancourt se debate, sinuoso y tímido, entre una política de neto corte popular y la presión de los fuertes núcleos militares. Sólo, pues, Ecuador —cuyo resultado electoral próximo debemos esperar para abrir un juicio analítico,— Bolivia, cuya revolución (que se iniciara mediante la destrucción del Ejército el 9 de abril de 1952) se halla detenida esperando un nuevo soplo vivificador, y Perú ofrecen perspectivas de acción de masas inmediatas que habrán y posibiliten una nueva ruta en el cuadro político de la parálisis “democrática” de la América del Sur.

Por lo tanto adquiere extraordinaria importancia la etapa política que se ha iniciado en Perú y que debe culminar (si prescindiémos del tan temido y esperado golpe militar “preventivo”) en la campaña por las elecciones presidenciales de junio de 1962. A este respecto es forzoso recapitular algunos hechos de importancia innegable porque son los que gravitarán decisivamente en el proceso que comentamos. El principal de ellos gira alrededor del partido mayoritario APRA (Alianza Popular Revolucionaria Americana), que dirige el que fuera gran líder continental, Victor Raúl Haya de la Torre. Recorde-

mos que en 1945, cuando las posibilidades para el Partido eran muy grandes, la dirección aprista optó por el apoyo electoral al candidato del Frente Democrático Nacional, el moderado presidente Bustamante y Rivero. Posteriormente, advino en noviembre de 1948 la tiranía de Odría que persiguió y desterró a la mayoría de los activistas y dirigentes apristas. Pero en 1956 esta dirección aprista aceptó la invitación de Odría para conversar en mesa redonda acerca de la salida "democrática" para su sucesión presidencial, que concluyó con el apoyo pactado que el Apra dio al candidato derechista Manuel Prado. El régimen instaurado en 1956 se denominó de la "convivencia" por el hecho de posibilitar la convivencia, pretaria y antipopular, de las fuerzas de derecha con el supuesto partido de las masas populares peruanas. El balance total de esta etapa de la vida política de Perú lo haremos con mayor amplitud en los próximos números de esta revista.

Cabe puntualizar en esta breve nota, que el Apra ha pagado algunas altas cuotas por haber escogido a partir de 1940 el camino del compromiso, apartándose de las metas revolucionarias. Así: se ha producido en su seno una importante escisión; cuadros profesionales, estudiantiles y obreros han sido expulsados o han abandonado voluntariamente las filas del viejo tronco partidario para constituir una nueva rama aprista, con la denominación actual de Apra Rebelde. La misma pretende recontrarse con la vieja línea programática antiimperialista, enunciada tan vigorosamente en la segunda mitad de la década del 20, al igual que dar una respuesta concreta e inmediata a las exigencias de los trabajadores y gente de clase media en esta etapa de crisis de la vieja izquierda peruana. El Apra Rebelde busca expresar estas urgentes necesidades ante la claudicación de la vieja dirección aprista. El Apra oficial (que apoya al actual gobierno reaccionario) está negociando actualmente para poder presentarse con candidatos propios a las próximas elecciones de 1962. Pero las derechas maniobran en sentido con-

la utopía del desarme latinoamericano

La segunda mitad del año 1959 permitió observar el espectáculo inusitado de la "campaña" para el desarme latinoamericano. Por un lado el presidente de Chile, Jorge Alessandri, que realizó un dramático llamado en este sentido, al que se sumó la adhesión retaceada de otros gobiernos; por el otro, el Departamento de Estado de los Estados Unidos y la O.E.A.

¿Qué había ocurrido para que este tema "tabú" se tratara con la intensidad y vastedad conocidas? Aunque es prematuro hacer el balance definitivo de las causas fundamentales, o mejor dicho, de los intereses que se mueven tras este problema, se puede intentar realizar un examen aproximativo de los mismos. Así:

1) No cabe la menor duda que algunos gobiernos latinoamericanos están seriamente preocupados por la tendencia alcista del armamentismo regional y por la ingerencia, cada vez más accen-

trario. Ya ha sido lanzada la candidatura del general Odría, que es de suponer cuenta siempre con el apoyo de los grupos imperialistas yanquis. La revista "Visión" ha comentado últimamente que es muy probable que se realicen negociaciones entre el Apra oficial y Odría con vistas al apoyo de los primeros hacia el segundo. Esperemos la confirmación de esta noticia, que de ser cierta causará una mayor tensión en las filas del ya debilitado partido de masas. El Apra oficial prepara las candidaturas de Seoane y de Ramiro Pralé, su actual secretario general, ambas condicionadas a lo que depare la actitud de las derechas, que se muestran muy atentas y agresivas. Por otro lado está el arquitecto Belúndez Terry que en las elecciones del 56 capitalizó el descontento de los simpatizantes apristas y que obtuvo un caudal electoral casi igual al del triunfante Prado. Esto en cuanto a lo conocido: debemos aguardar algunas novedades en cuanto a la alineación de fuerzas electorales, teniendo en cuenta el tiempo que falta hasta junio de 1962.

En conclusión: con la próxima campaña electoral peruana se decide el destino del Apra como organización mayoritaria del país. Igualmente, la salida y respuesta a la encrucijada en que se encuentra el pueblo. El descontento actual, la miseria, las represiones policiales, la desocupación y la entrega del país al imperialismo yanqui constituyen suficientes impulsos como para que pensemos en que el anterior panorama puede ser radicalmente modificado. En Perú están aguardando las masas al mínimo de organización, al mínimo de partido revolucionario, que las conduzca por la ruta revolucionaria. No en vano han comprendido la lección histórica de la viabilidad del "camino cubano". Los hechos y sólo los hechos dirán si la tierra de los Incas presenciará una nueva traición, si tendrá un nuevo tirano o si por lo contrario alumbrará la aurora de un nuevo mundo, construido por el pulso firme y la mano severa de sus buenos hijos, cuya misión será barrer la escoria feudal y señalar el camino de las dormidas, pero no olvidadas, posibilidades revolucionarias de Sudamérica.

tuada, de los núcleos militares en la vida política de nuestras naciones. La magra economía chilena no puede resistir las extraordinarias erogaciones de los nuevos armamentos con el fin de buscar un nuevo "equilibrio" militar frente a Argentina y Perú, con quienes mantiene Chile no sólo una vieja actitud competitiva, sino —principalmente— un todavía no superado problema de límites. Este ejemplo puede reproducirse para casi todos las naciones de nuestro Continente que desde la Independencia —y debido a las conocidas causas históricas de su anti-histórica formación nacional— cuidan celosamente sus fronteras, el "orgullo" nacional y la paz social interna, por el conducto de cuantiosas fuerzas militares, que al par de actuar como monstruosas policías represivas ofician de partidos políticos armados. Este angustia de algunos gobiernos y núcleos dominantes en Latinoamérica tiene, asimismo, su ingrediente en el descontento popular y en la crisis de nuestras economías que ponen

en peligro las bases actuales de las precarias democracias formales, así como de las tiranías que aún se sobreviven. El ejemplo de la revolución cubana y el de la olvidada revolución boliviana ronda peligrosamente por las mesas estratégicas de los gobernantes. No se les escapa que en ambos casos, y principalmente en el de Cuba, fue destruido completamente, en lucha, el viejo y sacrosanto Ejército profesional debido a la acción guerrillera o a la reacción popular, como en el caso de Bolivia. Por lo tanto es natural que se intente hallar nuevas "fórmulas" que permitan tanto la represión militar de las crecientes movilizaciones populares como la defensa de las fronteras nacionales, que los militares consideran siempre como fronteras de enemigos. De ahí que en este problema del desarme algunos presidentes sudamericanos coincidan, o están ya comprometidos, con las tesis de los voceros imperialistas yanquis respecto del reacondicionamiento estratégico de la defensa continental y del nuevo futuro de las fuerzas armadas nacionales.

2) En lo que se refiere a la posición del imperialismo yanqui en cuanto a la campaña por la contención de los gastos militares, son otras las razones que lo impulsan a defenderla en la forma conocida. No debemos olvidar que desde la doctrina Monroe, los Estados Unidos se consideran los amos continentales del hemisferio. El criterio con que enfocan el problema es eminentemente de alta estrategia: están encargados naturalmente de la "defensa continental frente a las asechanzas del enemigo exterior", por lo tanto, le es urgente que en esta materia los países del Sur del Río Bravo, deleguen en aspectos fundamentales de su soberanía. El Departamento de Estado viene afirmando repetidamente en la época de la coherencia moderna los viejos equipos militares ya nada tienen que hacer, sobre todo teniendo en cuenta los enormes costos de las armas atómicas conocidas. La presión se viene ejerciendo en el sentido de que se produzca una rápida revisión de los viejos conceptos de la defensa continental para que la misma sea traspasada a manos de Estados Unidos, bajo la máscara de un ejército de la Organización de los Estados Americanos (OEA).

Pero este criterio estratégico, al que están sumados casi todos los representantes de la Junta Interamericana de Defensa, encubre el hecho real que a la defensa continental está ligado el papel de policía represiva del nuevo Ejército proyectado, ante la seguridad de nuevas olas de descontento popular, materializadas en insurrecciones populares, en la mayoría de nuestros países. Estados Unidos no olvida que ya está señalado el camino

los falsos revolucionarios

En Latinoamérica los constantes fracasos, la aparente fuerza invencible del monstruo imperialista, había hecho coincidir entre las filas de las izquierdas, el conformismo y el derrotismo, y le había dado alas a ciertos sectores, para bajo el disfraz de una postura radical, conducir una política de entreguismo y cobardía.

Esos sectores constituyen ciertos partidos pseudo-revolucionarios, con líderes que no son más que grandes figurones, que acuden a las farasas electorales, engañando al pueblo que todavía tiene alguna fé en ellos, en contubernio con las oligarquías y en poses antiimperialistas verbales.

Figueres es un caso. Figueres es un producto del State Department. Figueres y Muñoz Marín, tratan de convencer a los pueblos Latinoamericanos de que es posible el entendimiento con el imperialismo norteamericano, de que "no es tan fiero el león como lo pintan".

La Revolución Cubana ha servido de piedra de toque para los verdaderos revolucionarios. En contra de los dogmas y los esquemas falsos, se ha demostrado prácticamente que es posible la Revolución, aún contra un ejército moderno, y en la misma vecindad del Monstruo. Los verdaderos revolucionarios, no los izquierdistas de palabra, ni los entreguistas de siempre, tienen

—en esto Cuba está siempre presente— por el cual la derrota de los viejos ejércitos es siempre necesaria y siempre posible. Un nuevo Estado revolucionario surgido de esta situación deberá ser reprimido por la policía continental intervencionista, disfrazada de Ejército moderno, al servicio exclusivo de la "defensa estratégica" del Continente.

No hay dudas que la "ofensiva" antiarmamentista del imperialismo yanqui, en lo que a Latinoamérica se refiere, esconde el objetivo claro de obtener un mayor control de nuestros países. Los guerrillistas del Norte no pueden permitir que la retaguardia latinoamericana se vea comprometida por las insurrecciones nacionales, en esta etapa en que preparan, con diversas alternativas, la colonización total del mundo subdesarrollado y la tercera guerra mundial. De ahí que hayamos sostenido más arriba que el trabajo a dos puntas en la "operación" del desarme latinoamericano obedece a la misma línea estratégica y tiene su origen en la mesa de trabajo de los planeadores militares del Estado Mayor Mixto de Estados Unidos.

Pero esta campaña a favor de la contención de gastos militares está sufriendo muy serios tropiezos. Las castas militares no quieren perder sus privilegios adquiridos y resisten enconadamente la política contencionista. Por el contrario, los informes internacionales nos hacen conocer el nuevo auge de la carrera armamentista en Latinoamérica, que va devorando los presupuestos y las economías nacionales. Con toda propiedad se puede sostener que el armamentismo en nuestros países supera con facilidad el 30% de los gastos totales, alcanzando en algunas naciones índices que provocan pavor. Teniendo en cuenta todo lo apuntado no es correcto sostener, como lo han venido haciendo algunos apologistas del militarismo latinoamericano, que existe una reacción de núcleos militares contra la presión norteamericana, en este sentido: grupos "nacionalistas" que se convertirían así en bastiones de la lucha antiimperialista.

Lo importante es llevar a la conciencia de las masas populares que la única manera de destruir los objetivos imperialistas de los Estados Unidos y al militarismo latinoamericano que defiende las reaccionarias estructuras semicoloniales, es mediante la insurrección popular. Cuba enseñó el camino. Es deber de las vanguardias políticas y de los pueblos latinoamericanos, terminar con las lacras y los sectores sociales que imitoiden el ascenso social y un nuevo orden revolucionario en Latinoamérica.

Ricardo Napuri

hoy que plantearse nuevas tácticas, y aceptar lo que el excepcionismo y el cansancio había hecho olvidar, la idea revolucionaria, el radicalismo como postura integral, el rechazo al sistema liberal y conformista de los cambios en los países únicamente a través de la lucha electoral. La Revolución es posible, y en Cuba se está produciendo.

Prueba de lo anterior es como esos falsos líderes latinoamericanos uno tras otro, van quitándose la careta y enseñando su faz reaccionaria y retrógrada, contraria a la Revolución Cubana. Van demostrando ser lo que son, títeres yanquis.

Es preciso que los partidarios de Cuba en los distintos países sepan amoldar sus tácticas y sus metas a la situación típica del país. Hay países en los que los gobiernos han adoptado una política de sometimiento al imperialismo, hay otros, en los que todavía, si se actúa inteligentemente es posible que los gobernantes bajo la presión popular respalden aunque tíbiamente a la Revolución Cubana.

Lo que sí es preciso es luchar en todos los frentes, movilizar todos los sectores, obreros, campesinos e intelectuales, en un solo haz, pues sin esa unidad, será imposible hacer frente a los poderosos intereses que quieren ahogar a Cuba, ayudados como ya se ha dicho por los falsos líderes, y los demócratas oligarcas.

LIBROS

René Marqués: La víspera el hombre, Club del Libro de Puerto Rico, San Juan, 1959.

De todos los escritores puertorriqueños jóvenes que dirigen en San Juan uno de los movimientos literarios más fecundos de la América Latina, René Marqués es quizás el más infatigable. En Puerto Rico no se habla de escribir, se escribe; no se lamenta la no escrita novela, cada autor escribe por lo menos una novela por año, y lo que es más, la imprime. Hay una vitalidad sorprendente en estos jóvenes literatos boricuas.

René Marqués no se limita a la novela. Tiene por lo menos cinco obras dramáticas publicadas con éxito, algunas premiadas, gran número de cuentos, muchos de ellos notables, y una original y deliciosa pantomina, "Juan Bobo y la Dama de Occidente" que recoge la polémica entre los occidentalistas, que pretenden restar importancia al drama de la nacionalidad, haciéndola perderse en la cultura occidental, y puertorriqueñistas, que se resisten a negar el drama. En toda la obra de Marqués, "Juan Bobo", permanecerá quizás como la de más fuerza y originalidad.

En "La Víspera del hombre" el hombre es Pirulo, un "jíbaro" de las montañas del centro del país, simbólicamente nacido en Lares, la ciudad del grito de independencia ahogado por los españoles en el siglo XIX, la gesta frustrada que debió dar a Puerto Rico la categoría de nación, que luego se le negó sin más contemplaciones. Pirulo y su mundo, el mundo de su niñez y su adolescencia. La hacienda cafetalera de San Isidro, arrasada por el ciclón de San Felipe en el año 28, contempla sus primeros pasos de hijo bastardo del propietario rico y la jibara miserable.

Pronto Pirulo escapará de San Isidro, cuya pérdida es para él como una afrenta personal, descenderá de sus montañas y llegará a Carrizal, la hacienda ancestral de los Abreu, obra del viejo abuelo canario que, muerto, es uno de los personajes más interesantes de la novela.

En Carrizal, Pirulo, que ha perdido su mundo de pozas profundas, cuevas indias, bosques de asubos gigantescos, humedad murmurante, cafetales y conucos, descubre muchas cosas. Descubre primero a "ese río ancho que llaman mar"; descubre a Félix, "el Negro", que lo protege con auténtico cariño, descubre a Lita, que le despierta la virilidad, descubre la envidia, y descubre por último la tragedia y la muerte. Cuando va a lanzarse al abismo para morir, asustado ante los dolores de la vida, oye

la voz de Félix que desde su tumba en el mangle le pide simplemente que viva. "El problema no era, pues, buscar el sentido de la vida, sino vivirla sin esperanza alguna de encontrar su sentido"... "aunque siglos de veces se habían metido de súbito en todos los resquicios de su espíritu".

Es lástima que el diálogo en ocasiones, con sus cliés de estampa antigua cinematográfica, desmerezca del resto de la novela, y le robe calidad. El estilo en que está narrado el episodio parece intercalado a la fuerza en la novela. No ocurre así en otros casos en que el autor da un salto atrás en el tiempo, como cuando el abuelo Abreu descubre el valor de la riqueza y ordena a la mujer, hasta entonces esclava del pesado trabajo del campo, que lea a los clásicos. El episodio está brillantemente narrado, retiene todo el sabor de una época y es una intercalación natural y lógica en la narración.

Pirulo es montañés, jíbaro, y lareño por más señas. Es de buena estampa. Se hace axotar por la gruesa directora del colegio, por negarse a jurar la bandera americana. Pone en su lugar a Raúl, el hijo del amo y su compañero de juegos, cuando éste le expone sus frívolas ambiciones políticas. Pirulo es el hombre puertorriqueño que se busca a sí mismo. La búsqueda y el encuentro son dolorosos pero valen la pena. Muchos Pirulos pueden devolver a Puerto Rico a su senda natural, abruptamente interrumpida por una ocupación sobre la cual jamás se le preguntó.

La novela nos revela estampas del pasado puertorriqueño que ignorábamos. El pirata fabuloso, Roberto Cofresi, y sus fechorías por las playas de Arecibo; la ceremonia ritual del desgrane de gandules en el salón principal de la casona de la hacienda, en la que participan amos y servidores por igual, mientras la "contadora" de cuentos teje sus malicias. Monchín, el juglar inquietante de la montaña y la costa, que cabalga una bestia huepada, cantando décimas, con el rostro cubierto por un velo negro tras el cual se oculta un ser humano devorado por el cáncer, es una figura escalofriante y melancólica que atraviesa la novela como una sombra.

En esta primera novela, Marqués prosigue su labiríntico y sincero viaje en la corriente existencial, que se inició con uno de sus primeros cuentos, "El Miedo". Los horizontes de su viaje se ensanchan ahora en la angustia política del hombre de su país.

Calvert Casey

Ulyses Petit de Murat:

El Miserable Amor, Buenos Aires, 1959.

El que haya oído hablar de este notable escritor argentino, recordará su labor como poeta dentro del grupo literario "Martín Fierro". Era la época de la famosa polémica con Mariani y de las reuniones en un bar de las calles Florida y Tucumán. Jorge Luis Borges, Eduardo Mallea, Francisco Luis Bernádez, Leopoldo Marechal, Norah Lange... La figura de Ulyses Petit de Murat parte de ese momento y se nos va acercando con proporciones cada vez más definidas. Su labor como poeta lo lleva a ganar el Premio Municipal de Literatura en 1935 con "Las Islas". Diez años después, la Comisión Nacional de Cultura premia su novela "El Balcón hacia la muerte".

Ha escrito argumentos para el cine mexicano y argentino. Sin embargo, después de una labor artística que tan apreciables merecimientos ha obtenido hasta el momento, nos tropezamos con su novela "El miserable Amor", portadora de un cintillo rojo de intrigante sabor publicitario, que dice: "Novela rechazada por el Fondo Nacional de las Artes". Como a todos nos encanta hurgar en el terreno prohibido, volvemos la página y nos encontramos con cuarenta capítulos, que son cuarenta immersiones en el mundo frustrado de un hombre que busca constantemente su autoafirmación en vida y que al fin la haya a través de la muerte.

Cada pastilla de Amytal es un puente tendido hacia una realidad envuelta en una bruma algodonosa. Ese mundo, como las realidades soñadas de Borges, es más real que el presente, se mueve sin perspectiva, las imágenes se entrelazan y las asociaciones más inesperadas se buscan sin desechar lo poético ni lo grosero. Pero es inexplicablemente lúcido en la introspección y el análisis. Es, a pesar de todo, una indagación policial que busca rastros en el pasado. El eje de esa indagación es "ella" y entre "ella" y el hombre postrado y evasivo que la espera, está el miserable amor, el que lleva a la humillación y a la demencia.

La novela presenta ciclos divagatorios, extraordinariamente lúcidos, que se insertan en el ciclo crucial de la introspección.

Esos ciclos divagatorios están destinados a criticar una humanidad empeñada en destruirse tan ciegamente como las hormi-

Raúl González de Cascorro: Teatro (Árboles sin raíces, Una paloma para Graciela, El Mejor fruto) Publicaciones de la Universidad Central de Las Villas, Cuba, 1960.

La tierra, aparentemente tranquila y pródiga, es la fuerza que pulula en los tres actos de *Árboles Sin Raíces*, motivando los personajes a huir presos de espanto o permanecer esclavos de ella. González de Cascorro nos descubre la verdadera cara de esa tierra aprisionante, devoradora, que destroza hombre y bestia, y que exige el sacrificio inminente de sangre y hueso para saciar su voracidad. Lucrecia, la madre, aparece como una

gas que él va matando y que, a pesar de todo, continúan su marcha por el borde de la piscina. Es una humanidad que busca también engañarse a sí misma, con los gestos grotescos que desenvuelven las marionetas en un teatro, ya en el escenario, en las salas literarias, en un café. El mismo protagonista desentraña los hilos más sutiles de su vida con un estilo despectivo e irónico que nos transmite el sentido de lo grotesco, de lo falso.

Pero, ¿quiénes mueven los hilos de esta vida? De su vida introspectiva que es su vida pasada. No hay destino. No hay Dios. Todo es una lucha por imponerse, por grabarse en la personalidad de los demás, pero siempre, la frustración; son los demás los que le imponen límites a la suya: ¿Cómo puede un hombre modificar la visión que los otros tienen de sí mismo? El hijo del pintor famoso, del padre admirado por los demás menos por él, no puede evitar seguir siendo eso: un común hijo de su padre después de muerto éste. El padre le llevó todo lo que podía defenderlo contra "ella". Llevó a su madre a la tumba, a su compañera de salidas al matrimonio y, paradójicamente, lo sumió a él en el anonimato, le impidió adquirir sobre "ella" ese poder que su miserable amor exigía.

Ese mundo de penetración psíquica, filosófica y social, con un conocimiento humano despectivo e irónico, este mundo en el que se desenvuelve la crítica, en el que se mueven personajes que existen en la vida real junto a otros que nunca existirán, pero que tanto se le asemejan que nos hacen dudar. Donde se explota el eterno resorte del espejo. Es el que ha cristalizado a través de un estilo fluyente, que agolpa las ideas de un hombre con la vertiginosidad con que las mueve su pensamiento, sin dejar por ello de tener su orden, sin caer en la anarquía, agrupando lo poético y lo vulgar lo grosero y lo conmovedor. Un estilo hábil para tratar a un personaje que tiene tan minucioso conocimiento de sí mismo.

Por todo lo anterior, no nos explicamos por qué tan acertada introspección novelada ha merecido el rechazo del Fondo Nacional de las Artes a través de un jurado donde figuran Borges, Estrella Gutiérrez, Enrique Banchs, Alberto Girri. En este sentido el cintillo rojo de la portada nos defrauda,

Esther Díaz Llanillo

sacerdotisa de Demetra, dispuesta a sacrificar su esposo y sus hijos con tal de proteger y extender el culto de su divinidad. Pero tirando a fondo, ¿qué es lo que realmente impulsa a una persona normal a cometer crímenes y atropellos para triplicar y conservar sus tierras? Y sube a flor de tierra el concepto de la tradición que domina en una sociedad capitalista de retener y desarrollar la herencia que nos dejan nuestros padres. Finalmente comprendemos que no es la tierra, sino la tradición, la que nos sujeta y nos ahoga como una camisa de fuerza.

Una paloma Para Graciela desarrolla este mismo simbolismo a través de la figura de Don Gonzalo, otro personaje que tam-

bién es el producto desgraciado de una sociedad capitalista. Es un hombre malo porque el código de valores por el cual se rige es malo. Es un hombre sin escrúpulos cuando se trata de aumentar sus tierras. Su meta en la vida es dejar en herencia un feudo para su hija, y morirá feliz si muere sabiendo que sus tierras permanecerán eternamente en la familia pasando de nietos a biznietos. Pero todas sus aspiraciones se hacen sal y agua: su hija Graciela lo odia, rechaza las tierras, precipita su muerte, y se vuelve loca sin antes dejar un hijo. La tirera ha tenido su venganza y la herencia tradicional no se cumple.

Cubriendo estas corrientes subterráneas con un subsuelo más concreto, González de Cascorro coloca sobre sus obras una capa de emociones más sencillas en las que juega con el corazón humano frustrado por sus ilusiones. Creyendo que la felicidad existe, estos personajes salen en su busca, pero sus esperanzas ignoran que nuestro mundo es indiferente al hombre, y éste, sin poderlo comprender o controlar, se desvía de su camino conquistando ilusiones y valores falsos. Por eso, aún cuando se cumplen sus deseos, ellos no son felices. Manuel y Arturo huyen de la tierra para encontrar desilusiones; Ernesto y Gustavo, la muerte. Graciela, Gerardo, Aristides, huyen de sus decepciones cada uno buscando una clase de amor distinto, sin encontrar alivio o cumplimiento; y Don Gonzalo también huye de sus desilusiones pasadas, hartándose de tierra, pero tampoco encuentra descanso para su conciencia.

Las imágenes poéticas y los símbolos se asoman con belleza en estas dos obras, pero González de Cascorro todavía no dispone de suficiente artesanía teatral para desarrollar sus personajes y traducir sus ideas a la escena sin esfuerzos aparentes. El resorte que mueve a los personajes no está bien engrasado y hace excesivo ruido. Los personajes tienden a excusar y defender su com-

portamiento por medio del truco psicológico de dar marcha atrás al tiempo. Esto molesta. Por otra parte, su método de no llegar a conclusiones en escena deja en la boca un sorbo de esperanza. González de Cascorro no nos predica como debe ser la vida, nos muestra como no debe ser. Esto cautiva.

La tercera obra en el libro, *El Mejor Fruto*, resulta ser la más interesante. El autor suprime en parte la práctica corriente naturalista del psicoanálisis que emplea tan extensamente en las obras anteriores, y permite a los personajes revelarse ellos mismos a través de sus acciones, sus ideas, y sus aspiraciones. Atrapados en la red del batistado, Rolando, Teresa, Noel y sus padres, se mueven impulsados por causas inmediatas y nunca se encuentran obligados a detallar su pasado para hacernos comprender el presente. Si Felipe explica su propio comportamiento heroico como una forma de expiar la frialdad e inconciencia de su madre, su motivo es actual y no nos aburre llevándonos fuera del momento.

En *El Mejor Fruto* los personajes no han sido caricaturizados para reproducir tipos reconocidos, al contrario son, muy especialmente, individuos. Dejan de ser los casos cuidadosamente preparados para desarrollar un problema social que encontramos en las obras anteriores, y comienzan a tener su propia vida; no la que el autor les impone. Gobiernan, algunas veces, la credibilidad que conmueve e ilumina.

La ineptitud en el manejo de su material dramático que notamos en las dos primeras obras no se hace tan aparente cuando el autor enfoca su lente desde lejos y con objetividad. Valdrá la pena observar con diligencia su futuro desarrollo.

Niso Malaret

Shohei Ooka: Hogueras en la llanura, Sur, Buenos Aires 1959.

Shohei Ooka nació en Tokio en 1909 y luchó en el escenario que toma esta novela, habiendo sido hecho prisionero en 1945. Ooka es una personalidad relevante de las letras japonesas y ha merecido el premio Yokomitsu por "Hogueras en la Llanura", una de las novelas más humanas que se hayan escrito sobre la realidad del hombre aprisionado por la guerra.

"Hogueras en la Llanura" es, indiscutiblemente, una condenación de la guerra y sus atrocidades a través de la destrucción que ésta logra, no en los pueblos, sino en el individuo; no en su cuerpo, sino en su espíritu.

El argumento de esta novela lleva a su protagonista, el soldado raso Tamura, de la enfermedad a la desesperación en las selvas, los llanos pantanosos, las montañas, de la isla de Leyte. El tiempo queda anulado por momentos. La realidad de este individuo parece estar más allá de la guerra, de la destrucción del ejército japonés por el norteamericano, de la carnicería en el desesperado regreso a Ormoc, del patriotismo inclusive. Sin embargo, es el producto directo de esas situaciones reales. Es que los pueblos no se destruyen verdaderamente en las masacres, es que los pueblos se destruyen cuando llevan a cada uno de sus individuos a la degradación final. Sólo a través de esta degradación el hombre, Tamura, puede comprender que hasta no hacía mucho la utilidad que él rendía a su Patria se medía por la cantidad de daño que pudiera infligir con su fusil al enemigo, pero que ahora perdido en la selva, temiendo esas hogueras en la llanura que significan seres humanos y por lo tanto, la muerte, ahora que ha matado a una mujer filipina, es un asesino, no un patriota, y no tiene el derecho de vivir en la sociedad.

Los pocos hombres que en su vida se cruzan están marcados por el sino de la supervivencia. Ese sino sólo puede llevarlos

a destruirse unos a otros, a alimentarse unos de otros, como en el miserable reino animal. Sin embargo, la mujer filipina, Yasuda, Nagamatsu, los seres a quienes mató, son su última redención, puesto que no los comió por un acto libre de su voluntad.

Después de llegar sencillamente a las verdades esenciales de la vida y de la muerte, porque la guerra es el pretexto para que el hombre se encuentre a sí mismo en la soledad; después de comprender que la vida es esperanza de repetición y que cuando esa esperanza nos abandona hemos muerto; después de rebelarse contra los hombres y sentirse portador de la ira de Dios, del castigo; llega a la conclusión de que la existencia de Dios es tan tenue que depende por completo de la predisposición de la gente a creer en ella y, de la duda, pasa a la fe de que los múltiples acontecimientos que impidieron su degradación final le hubieran sido enviados por Dios para su salvación como ser humano.

El valor supremo de esta novela es su sentido de plenitud humana. Cada objeto tiene el significado que le da la visión del protagonista, vemos de la naturaleza sólo lo que él puede ver con sus sentidos limitados y tal y como él lo ve, hay en esa visión poesía, amor, pero también horror. Exalta una conciencia en lucha entre el Bien y el Mal. El paisaje es un laberinto que contribuye a perderlo para el mundo y para sí. Sólo de sus fuerzas interiores, de su bondad natural, logra obtener el triunfo contra lo hostil. Así llega a través de la instrospección y de la observación a la filosofía esencial de la vida, cuya fuente la halla en la naturaleza y cuya fuerza radica en sí mismo.

Por su valor filosófico y literario, es éste uno de esos libros que hacen pensar con horror que lo que estamos leyendo con un placer estético se haya labrado a costa del propio sufrimiento humano.

Esther Diaz Llanillo

Fondo Editorial
Casa de las Américas